ANTONIO L. BUENRETIRO

a fiebre verde

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original.

Copyright, by Antonio L. Buenretiro, 1923.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24.
1923

Al crítico sin par, al
gran poeta, castizo escritor
amigo cariñoso y leal, Enri-
que de Mesa, en testimo-
nio de gratitud y admira-
ción, muy afectuosamente

Hoto. L. Quinoto

22-2-23

LA FIEBRE VERDE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie
dra, sin su permiso, reimprimirla ni represen
en España ni en los países con los cuales se ha
celebrado, o se celebren en adelante, tratado
ternacionales de propiedad literaria.

El autor se reservan el derecho de traducción

Los comisionados y representantes de la *Soci*
e Autores Españoles son los encargados exclus
mente de conceder o negar el permiso de repre
tación y del cobro de los derechos de propieda

Droits de représentation, de traduction et de
production réservés pour tous les pays, y compr
Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A FIEBRE VERDE

Comedia en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO L. BUENRETIRO

(Ilustraciones musicales del Maestro ALONSO)

---

ada con gran éxito en el TEATRO CERVANTES,
la noche del 20 de enero de 1923.

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1923

REPARTO

Personajes.	Actores.
RAFAELA	Srta. Pérez de V
CRISTINA	Sra. Almiñana.
MILAGROS	» Mesa.
SEVERIANA	» Sánchez Ari
ANITA	» Muñoz S. P
LOLA	» Casteig.
PEPITA	Srta. Más.
LUCRECIA	» Martínez.
JUANA	Sra. Martí.
MISS	Idem.
DON RAMÓN	Sr. Espantaleón.
FERMÍN	» Barden.
DON JOSÉ	» García Rodri
JUANITO	» Riquelme.
ENRIQUE	» Marín.
JULIO	» Domínguez.
CAYETANO	» Estevarena.
PACO	» Riquelme.
LUIS	» Domínguez.
ALBERTO	» Estevarena
FRANCISCO	» Graci.
ANTÓN	» Martí.
DON LEOPOLDO	» Graci.
PINOCHO	» Martí.
BAILARÍN	» García Egea.
MOZO	» Ariño.
PORTERO	» Palma.
JUGADOR	» Echevarría.
JAZ BAND	N. N.
HERMANOS DE LA PAZ Y CARIDAD	N. N.
UN NIÑO	Conchita Ajenjo.
UN CANTANTE	Sr. García Rome

Cabaretistas, bailarines, músicos y jugadores.

La acción, en Madrid.—Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

ujoso en casa de Don José, notable y acaudalado aboga-
la hora acostumbrada para tomar el té en las casas de
bien (valga el vocablo).—Una lámpara en el centro del
umina la escena.—Aparato telefónico en el foro.—Balcón
ateral derecha.—Puertas al foro y lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

y Francisco, doncella y criado, respectivamente, de Don José.

uniformados con el decoro correspondiente a una casa de per-
brillante posición económica. Al levantarse el telón aparecen
Francisco disponiendo el servicio del te para seis personas.
mente de abierta la escena suena el timbre de aviso del teléfono,
Francisco al aparato, en tanto Juana, con visibles muestras de
femenil, interrumpe su tarea para escuchar a Francisco.)

s. *(Al aparato.)* ¿Quién llama?... Aquí, Francisco, para servir a usted, señorito... Sí, señor; hace ya tiempo... En este momento, Don Ramón se encuentra en el despacho del señor... No, señorito. Nada he oído... La señorita Rafaela también debe estar con ellos... También. También ha venido. Ya sabe el señorito que es la amiga de confianza de mi señorita. Sí, señor; sí. Está bien, señorito. Nada diré... ¿Manda alguna cosa más el señorito?... De nada... Está bien, señorito. Siempre a sus órdenes... Adiós. *(Que ha estado escuchando con abandono de su quehacer.)* El señorito Fermín, ¿verdad?

s. El mismo, y con las mismas de siempre. ¡Pero qué tendrá que hacer ese hombre que siempre llega tarde!, digo..., siempre, cuando llega.

720957

FRANCIS. Vete a saber. Negocios, ocupaciones, co
misos, mil cosas...

JUANA. No sé por qué me parece a mí que todo
música celestial.

FRANCIS. *(Dándose importancia.)* Sí, sí, música. I
las mujeres no comprendéis ciertas cos

JUANA. ¡Qué no comprendemos! Nosotras no
prendemos las cosas que tampoco vosotro
prendéis, pero de eso a que con cualquie
texto se nos dé por convencidas..., ¡fig
nes vuestras! ¡Miá éste!

FRANCIS. ¡A ver si es que te has creído que yo de
a los demás na más que porque sí!

JUANA. No sé por qué los defenderás; eso allá tú
pudiera ser que te hubiera tocao de ofic
mo dice el señor.

FRANCIS. Pa defensor, con el amo de la casa, ba
por si fuera poco con Don Ramón, a
único que me toca de oficio es hacer
estoy haciendo. ¿Me entiendes?... Pues

JUANA. Pues eso... *(Pausa.)* ¡Valientes tíos! (
más panoli es una mujer más le toman
y se ríen de ella. ¡A mí podía venir ese
a contarme esos cuentos de todos los dí
que es la hija de mi madre bien prontito
a decir: "Las historias para dormir a
ños, y las trapisondas, en el cine." ¡¡B

FRANCIS. Tú debes ser muy desconfiada. *(Trata
acercarse a ella, que se retira.)* No ha
que ver.

JUANA. Lo que no soy es tonta o no quiero pas
ello. Pues ¿qué te habías tú creído?

FRANCIS. Yo..., nada... ¡Cuidado, que vienen haci

ESCENA II

DON JOSÉ y DON RAMÓN.

(Entran estos personajes, se retiran FRANCISCO y JUANA, después de dejado dispuesto el servicio de té. Ambos se sientan vis a vis, llándose la escena en el tono adecuado a dos personas unidas por intima amistad.)

JOSÉ. Como ves, aun no ha venido; esto marcha. Mi experiencia de la vida sirve en muchos casos para evitarme sorpresas y prever, en lo posible, el curso de los acontecimientos.

RAM. En esta ocasión hay que convenir en que la razón está de tu parte; pero si yo te dijera que abrigo alguna esperanza en que ese muchacho, el prometido de tu sobrina, llegue a encontrar el momento de lucidez, reflexione, haciéndose cargo del mal camino que pisa, y rectifique su conducta de una manera definitiva...

JOSÉ. *(Sonriendo.)* ¿Definitiva has dicho? Querido Ramón: Propendes al bien, y sin querer crees que la cosa más sencilla es que la gente se oriente en el sentido juicioso y conveniente, y esto no es así. Y no es así porque en algunos casos no depende de las propias personas interesadas en la rectificación. Se opone a ello algo superior a su voluntad, de cuyo algo no se pueden desprender, como no se desprende el enfermo de una enfermedad incurable.

RAM. ¡Hombre! ¡Eso me parece un poco exagerado!

JOSÉ. Podrá parecértelo, pero yo estoy casi convencido de ello. De todos modos, a los resultados me atengo.

RAM Efectivamente, pero admitiendo tu teoría llegaríamos a la conclusión de irresponsabilidad, y en ese caso lo que nosotros hacemos merece un calificativo durísimo.

JOSÉ. Tal vez. Pero del mismo modo que él no se detiene ante ningún escrúpulo para satisfacer sus ansias de vicio y dinero, no debo yo dete-

nerme para impedir la infelicidad de Raf
por temor a la dureza de un calificativo
podríamos discutir.

DON RAM. Yo creo que no cabe discusión. Sería me
disimo y bochornoso para nosotros. De
convéncete.

DON JOSÉ. Ni mucho menos. El pretendiente de mi sob
no es precisamente un niño, ni se encuentr
en la edad de los pasos irreflexivos. Ha c
plido treinta y cinco años, y a partir de
veinte, desde la muerte de sus padres, tod
vida ha transcurrido en Círculos, Casi
timbas y "cabarets". Este hombre lleva s
sí la naturaleza de todos los vicios, de toda
pasiones. Sus esfuerzos se encaminan, fa
mente, a obtener todo lo preciso, sea c
fuere...

DON RAM. ¡Hombre, no tanto!

DON JOSÉ. Sea como fuere, repito.

DON RAM. Exageras, Pepe. No hay duda que exage

DON JOSÉ. Imagínate cuánto celebraría ser yo el equ
cado; pero..., entiendo que no. Los hom
de esta clase tienen excepcionales condicio
para cautivar, si se lo proponen, el alma de
mujer. No sé si en ellas crece, a la vez qu
amor lógico de la mujer al hombre, un se
miento de ternura y compasión o un desl
bramiento ante el ser que vivió lo prohibido
que sí he observado es que su debilidad les
rece más protegida al lado de estos homb
y sienten un prurito inocente e inconfesa
que les hace pensar en que ellas redujeron
que saltó siempre por toda clase de trabas. E
es un éxito para toda vanidad femenina, ¿v
dad?

DON RAM. Eso parece.

DON JOSÉ. Si yo, vulgarmente, hago una oposición rabi
a los deseos de mi sobrina, llevo perdida m
de la mitad de la contienda; pero si, por

contrario, aparento resignarme y sé conducir el desenlace al punto que me conviene, tratando de que sea Rafaela misma quien se convenza y resuelva, habré ganado la partida y con ella la felicidad de mi sobrina, que es lo más importante para mí. ¿Estamos de acuerdo?

RAM. Desde luego.

OSÉ. Entonces continuemos nuestro plan, y el final nos dirá de qué parte estaba la razón.

RAM. Te advierto que va a resultarte algo caro eso de facilitarle yo dinero; dinero que tú me abonas y que él se juega, olvidándose, como tú te propones, de Rafaela y hasta de sí mismo. Si ella alcanza a conocer cuál es el motivo de la vida atropellada de Fermín, es posible que llegue a aborrecerlo y desista de sus ilusiones, pero también puede ocurrir que...

OSÉ. *(Interrumpiéndole.)* No conoces a Rafaela; ya no es una chiquilla.

RAM. En el aspecto de que te hablo, creo que ni tú tampoco la conoces; y, volviendo a lo anterior, te repito que más caro de lo que suponías.

OSÉ. Dirás que calculé mal las pesetas; pero..., caro, creo que no lo será nunca. ¿Te pidió más dinero?

RAM. Le llevo entregadas catorce mil pesetas, y por los preliminares creo que estoy abocado a otro sablazo. ¡Es gracioso pensar el concepto que de mi candidez habrá formado nuestro hombre!

RAM. Figúrate.

OSÉ. No puedes tampoco imaginarte la cantidad de ingenio que derrocha para convencerme de sus necesidades y obtener el préstamo, digámoslo así, que de mí solicita una y otra vez.

OSÉ. Es la enfermedad en el período álgido, que apura el ingenio hasta el agotamiento absoluto, de los medios o del individuo, en el desenlace.

RAM. No muy halagüeño, por cierto.

OSÉ. Indudablemente; pero eso..., para él y sus

congéneres. Tú, ya lo sabes; cumple m
cargo, seguro de que me prestas un favo
estimable: facilítale dinero, con prudencia
turalmente, y el que pierda cinco o sei
duros no es ninguna desgracia irreparab
se compara con lo que podría perder, y
siempre, la que en mí tiene todo el car
interés que no pudieran darle sus padres,
que así lo dispuso Quien puede disponerlo

DON RAM. Yo te ayudaré hasta donde pueda, y
dremos...

DON JOSÉ. Tendremos que éste llegará, si Dios no
media, a ser incluído en la categoría de
llos a quienes Gorki llamó ex hombres, q
un género de muerte peor que el que
al enterramiento

DON RAM. Nada de muertes, Pepe. Ni aun en sentido
rado. Vivir, vivir mucho y bien, con la
ciencia tranquila. ¡No es tan mala la vid
mo solemos decir en ratos de pesimismo
nochado! ¿No opinas tú así?

DON RAM. Probablemente... Y dejemos esto... ¿D
estarán esas muchachas?

DON RAM. De confidencias..., ¡vaya una pregunta!

DON JOSÉ. Pues ya han tenido tiempo para que n
quede nada por contarse.

DON RAM. Sí, sí... Pregúntaselo y verás cómo te
que apenas han comenzado.

DON JOSÉ. ¿Tú crees...? *(Se aproxima a una de la
redes y oprime el botón de un timbre d
mada a la servidumbre.)*

ESCENA III

DICHOS y FRANCISCO, que se presenta por la pue
del foro.

FRANCIS. *(Cuadrado militarmente en la puerta y sin
ponerla.)* ¿Llamaban los señores?

DON JOSÉ. Sí. Pasa, Francisco. *(Este lo efectúa col*

dose frente a Don José.) ¿Dónde están las señoritas?

NCIS. En el gabinete de la señorita Rafaela.

N RAM. Charlando, ¿verdad, Francisco?

NCIS. Al pasar no oí nada, y esto me hizo...—no sé si he hecho bien—...

N JOSÉ. Sigue...

NCIS. Que mirase y..., me parece que la señorita Rafaela miraba a la calle detrás de los cristales. La señorita Cristina leía un periódico.

N RAM. ¡Malo! Una mira y otra lee... ¡Malo!...

N JOSÉ. Está bien. *(Francisco inicia la retirada, deteniéndole Don José.)* Oye, Francisco..., ¿te ha dado algún recado o carta la señorita para Don Fermín?

NCIS. Ninguno desde aquel que puse en conocimiento del señor. El que ha llamado por teléfono hace un poco es el señorito Fermín.

N JOSÉ. ¿Y era a ti a quien llamaba?

NCIS. *(Dudando.)* ...No lo sé, pero a lo último me dijo que no dijera nada.

N JOSÉ. Entonces, ¿qué es lo que te dijo antes de lo último?

NCIS. Que si estaba aquí ya Don Ramón; yo le dije que sí..., y él me dijo que no dijera nada y que en seguida venía.

N JOSÉ. Y ¿no te preguntó nada más?

N RAM. Algo más te preguntaría.

NCIS. Por la señorita. Saber si estaba en casa.

N JOSÉ. ¡Pues dónde iba a estar sino esperándole a él! ¿No ha vuelto a decirte nada tu pariente, el criado del Casino?

NCIS. Ahora le veo menos porque tiene el turno de día, pero cuando le vi y hablamos de lo que el señor me encargó, volvió a decirme lo que el señor ya sabe; ahora, que con más detalles y diciéndome siempre ¡que por Dios que no le comprometa!, que ellos no pueden decir nada, porque si se supiera le pondrían en la calle.

DON RAM. De eso puede estar tranquilo, ¡pobre homb

DON JOSÉ. ¿Y qué detalles son esos?

FRANCIS. Pues dice..., que el señorito *es un caso.* Qu veces no tiene *mala pata* del todo; pero como no sabe levantarse a tiempo, *le mond siempre.* Que allí le debe dinero a todo el m do, pero que cuando gana no paga a nadie.

DON JOSÉ. ¿Y cuándo es cuando gana? ¿No me acabas decir que *le mondan siempre?...*

DON RAM. Hombre, alguna vez no les dará tiempo y les irá con cáscara, ¿verdad, Francisco?

FRANCIS. Eso debe ser.

DON JOSÉ. Y ¿qué más?... ¿Qué más te ha dicho?

FRANCIS. Que allí va mucha gente preguntando por él siempre lo niegan. Así lo tiene dispuesto.

DON RAM. Es hombre que no le gusta discutir, y como se había de poner de acuerdo con los que v renuncia a la entrevista; serán *ingleses,* ¿v dad?

FRANCIS. Eso dice mi pariente, porque una noche lle uno y dijo que de allí no se marchaba ha que le echara la vista encima, y además cansó de llamarle cosas.

DON RAM. ¿Y llegó a verle o sigue aún esperándole?

FRANCIS. No le vió porque el señorito Fermín salió p la escalera de servicio, y el otro, después *la furia,* se quedó dormido en la sala de visit hasta que, a las seis de la mañana, lo desper ron al barrer.

DON RAM. Nuestro hombre obtiene las moratorias p cansancio.

DON JOSÉ. ¡Magnífico! Está bien, Francisco. Puedes tirarte..., sin olvidar cuanto te tengo enca gado.

FRANCIS. *(Saliendo.)* Descuide el señor.

DON JOSÉ. ¡¡Y que haya que disimular y fingir ante *quídam* de esta especie!!... Pero..., ¿dón tendrán la cabeza estas mujeres?

DON RAM. Aproximadamente a la misma altura que no

otros. No les podemos echar nada en cara, y si quieres hacerlo, nunca mejor que ahora. Ahí las tienes.

ESCENA IV

DON JOSÉ, DON RAMÓN, RAFAELA y CRISTINA.

AELA. *(Con gran cariño y zalamería.)* Tiíto. Me dijo Francisco que le habías preguntado por nosotras.

N JOSÉ. Sí, hija mía. Le había preguntado porque esperaba encontraros aquí ya.

STINA. Es que también preguntamos antes nosotras por ustedes, y al propio Francisco.

N RAM. Pues eso no nos lo ha dicho. ¿Qué te parece, Pepe? ¡Valiente truhán está Francisco!

N JOSÉ. Lo habrá olvidado. No puede confiar nada a su memoria. *(Rafaela mira insistentemente y a hurtadillas por el balcón.)*

STINA. No le disculpe usted, porque apenas ha tenido tiempo de pensar en otra cosa.

N RAM. Entonces es que ha querido dejaros mal, y eso no es tan fácil como supone Francisco. ¡Cualquiera modifica la idea que tengo yo de vosotras!

STINA. ¡Ah, sí! Vamos a ver, Don Ramón, díganos usted esa idea.

N JOSÉ. *(Llamando la atención de Rafaela, que sigue materialmente pegada al cristal.)* ¡Rafaela!

FAELA. *(Con fingimiento.)* ¡Tiíto!

N JOSÉ. *(Con intención.)* Hay una gran diferencia entre la temperatura de la calle y la de esta casa. ¡ME ENTIENDES? Eso has podido ya verlo, y ocasiones tendrás de seguirlo comprobando. Escucha a Ramón.

FAELA. *(Turbada.)* Si le estaba escuchando, y con mucho gusto, como siempre.

N RAM. ¿De veras?

RAFAELA. Sí, señor; de veras. Que me pareció escuc
ruido e impensadamente me dirigí al balcón

DON RAM. ¿Y había motivo de ruido o fué ilusión tu

RAFAELA. No sé qué decirle a usted. Sería ilusión mía

DON RAM. Pues precisamente de eso iba a hablaros yo,
vuestras ilusiones.

CRISTINA. ¿Nada más que eso comprende la idea que
ne usted de nosotras?

DON RAM. ¿Y te parece poco? Conocer las ilusiones
una persona es conocerla a ella por completo
poco menos. ¿Qué hay en nosotros más per
nal y característico que nuestros anhelos, nu
tros sueños, nuestras esperanzas, cosas to
que apenas nos atrevemos a pronunciar en
alta? Pues el que conoce esto de cualquiera
nosotros, no hay duda que nos conoce bi
¿Convencida, señorita?

DON JOSÉ. Si tratas de embrollar a la muchacha, tomo
su defensa. ¡Cuidado! *(A Rafaela.)* Sirve
te, nena.

RAFAELA. ¿No esperamos a Fermín?

DON JOSÉ. *(Jovialmente.)* ¿Hasta cuándo?... ¿Hasta
barran?... *(Ríe ruidosamente Don Ramón,*
gran extrañeza de Rafaela y Cristina, que
encuentran explicación a la frase.)

RAFAELA. No te entiendo, tiíto. ¿Qué quieres decir?

DON JOSÉ. Quiero decir que no vamos a seguir esperar
hasta mañana por la mañana. Nada más.

DON JOSÉ. *(A Rafaela.)* Tiene razón tu tío, como tamb
puede que la tenga Fermín para retrasars
no venir. Por su gusto no habrá sido, segu
mente. Ahora que el hombre propone y...,
sabes lo demás.

CRISTINA. ¡Claro!

RAFAELA. De todos modos es un fastidio...

DON JOSÉ. Nada de fastidios ni contrariedades, para e
tar que Ramón nos haga un chiste malo,
ciendo que ese caballero *nos ha dado el te.*

DON RAM. ¡Alto! Lo has hecho tú, y sin dar tiempo p

prevenirse. Eso merece doble castigo. ¿Qué hacemos con él, Rafaelita? ¡Habla! ¡Pronto! ¡Sin prevenirle!...

A. Pues... ¡Creo que han llamado! *(Escuchando.)* Sí...

SÉ. *(Secamente.)* ¡Ya abrirán!

AM. *(Con lástima.)* ¡Qué pena!

A. *(Distraída y sin perder la escucha.)* ¿Cómo?...

AM. *(Cambiando de tono. Jovialmente.)* ¿Qué pena le imponemos? *(Entra Fermín, que ha oído la última frase de Don Ramón.)*

ESCENA V

DICHOS y FERMÍN; más tarde, FRANCISCO.

(Toda la escena se desarrolla a la vez que toman el te.)

. Señores, si yo soy el delincuente—como seguramente lo seré—prometo no interponer recurso pidiendo que revoquen la sentencia. El Tribunal es irrecusable. *(Saluda a todos individualmente.)*

A. De modo que está usted dispuesto a expiar un delito. ¡No estará muy tranquila esa conciencia!

AM El acusado no era usted. La justicia, en este caso, no puede exponerse a errores. Va sobre seguro. *(Burlonamente.)*

. *(Que ha cambiado su anterior preocupación por ingenua alegría. Poniéndose al lado de Don José.)* Pero ha de escuchar antes mi informe, porque yo tomo la defensa del inculpado.

M. *(A Cristina.)* ¡Se ha pasado al enemigo! *(Refiriéndose a Rafaela.)* ¡Al fin, mujer! ¡Bah!... *(Con desprecio cómico.)*

A. Si continúa usted haciendo esas consideraciones deserto yo también.

M. *(Dirigiéndose a Don José.)* ¡Chico, qué partido!

M. *(A Don Ramón.)* ¡Se lo debo a mi cara, Ramón, a mi cara!

DON RAM. Pues ¡ya escampa! Ahora resulta que
bién presumes.

DON JOSÉ. ¡No, hombre, no! Yo ni puedo ni pres
nada. Recordaba la teoría de Lavater,
de que en mi cara se reflejaba la inoc
al advertirlo, estas muchachas acuden
defensa, oponiéndose a tu afán de ve
¿Está explicado?

FERMÍN. Ante todo, permita usted que me discu
la tardanza. Ha sido una cosa inevit
esas que...

DON JOSÉ. *(Interrumpiéndole.)* No siga usted, po
Me hago cargo de todo.

FERMÍN. *(A Don José.)* Es usted muy amable...

CRISTINA. Y diga usted, Don José, ¿se conoce en
la inocencia o la culpabilidad de las p
según la teoría de ese señor que ha no
usted antes?

DON JOSÉ. *(Fijándose en Fermín.)* Según la teo
mencionado Lavater, sí. Se conoce todo
miente; al que dice la verdad. Se con
instintos, las pasiones. Es más, lleg
afirmar que, por los rasgos fisonómicos
noce el pasado, el presente y hasta el
nir de las personas.

DON RAM. Sin perjuicio de lo cual, no pudo e
teorizante morir de un balazo, con
como debía serlo, de que sus rasgos fi
cos le pronosticaban aquel género de

FERMÍN. Es que contra la fatalidad no hay teor
que ella tiene dispuesto, se cumple, a
cho de todo.

CRISTINA. Pues yo, en eso no creo.

DON JOSÉ. ¿En qué?

CRISTINA. En lo de la fatalidad. Me parece cosa
ros.

FERMÍN. ¡Sí, sí, de moros! ¡Y de cristianos!

RAFAELA. Qué cosas más raras dicen ustedes.

luntad de Dios está por encima de todo, y sucede lo que ella quiere y nada más.

RAM. ¡Ahí le duele, nena! Tú has dicho lo definitivo.

INA. Eso descontado, pero... vamos a ver. Ustedes *(A Don José y Don Ramón.)*, ¿han estudiado esa teoría de las caras?

OSÉ. Yo, apenas.

RAM. Yo mucho, y presumo lo que quieres *(Cómicamente.)*, que hable de la tuya. ¿No es eso?

INA. No hay manera de tomarlo a usted en serio cuando una lo pretende. ¡Qué hombre! *(Con desprecio cómico.)*

LA. Vale más que no te diga nada, porque seguramente te habría de gastar alguna broma diciéndote horrores de tu porvenir.

RAM. Equivocada afirmación. Le diría la verdad, por desagradable que fuese...; ahora que...

NA. ¿Qué...?

OSÉ. Que las caras femeninas no tienen muy acusados los rasgos, y el estudio es un tanto difícil. Se prestan más a la contemplación.

LA. *(A Don Ramón.)* Aprenda usted de mi tiíto.

N. Si hace falta una cara y nos ponemos de acuerdo *(Señalando la suya.)* en que esto sirve, estudie usted la mía.

RAM. Usted se nos descubrió ya como fatalista y no puede interesarle nada, convencido, como está, de que lo que ha de sucederle se encuentra escrito en un libro inmenso, lleno de páginas imborrables.

OSÉ. Que no admite erratas ni enmiendas.

NA. ¡Uy qué miedo!

RAM. El tamaño del libro, ¿verdad?

LA. El saber lo que le espera a cada individuo. Vale más aguardar pacientemente y en la ignorancia a que cada hecho o circunstancia de nuestra vida llegue a nosotros sin que podamos decirle: "Te esperaba."

FERMÍN. Por si viene "la contraria".

DON JOSÉ. Cómo ha de venir, si está escrito que s
que llega.

DON RAM. Menos cuando se interpone el azar, ¿ve
Fermín?, porque entonces espera uno la
la que debe venir, pero que no viene p
la que llega es la del otro, y entonces qu
el juego, y la fatalidad y el *desmiguen* so
cosas como para reírse de ellas.

DON JOSÉ. Esto *(Dirigiéndose a Rafaela y Cristina*
habrá dejado convencidas, porque es tan
ro y bien expuesto, que no puede mejo

RAFAELA. Yo no he entendido ni una palabra.

CRISTINA. Lo mismo que yo.

DON RAM. Pero Fermín, que es fatalista; tu tío, q
oído hablar de esto, y yo, que alguna ve
otra me he sentido caballero de la quim
querido conocer el azar y la fatalidad, h
gado a la conclusión de que, como afir
Fermín, viene la contraria, aunque no s
a esperarla.

RAFAELA. Pues en vista de que hablan ustedes en
guaje para la exclusiva interpretación d
iniciados, les propongo cambiar de tema
acepta mi proposición? *(Acercándose a*
mín.)

CRISTINA. A mí lo mismo me da. Yo acabaría po
tenderlo.

DON RAM. *(Aparte a Don José.)* Esta barrunta que
en breve la espera el monólogo.

FERMÍN. Fácil sí es. *(A Cristina.)*

DON JOSÉ. Cuestión de aptitudes.

FRANCIS. *(Presentando en una bandeja una carta a*
José, que éste abre y lee silenciosamen
escena.) Es urgente, según me ha dicho l
ñora que la ha traído.

DON JOSÉ. Con permiso de ustedes. *(Después de le*
¿Estará ella ahí?

FRANCIS. Sí, señor. Acompañada de una niña.

OSÉ. *(Entregando la carta a Don Ramón.)* De Luján. Entérate. Debe ser el asunto de que me habló esta mañana. Se ve que tiene verdadero interés.

RAM. *(Después de haber leído la carta.)* Y es para tenerlo.

OSÉ. ¿Quieres venir? Te presentaré como compañero, y los dos iremos ganando, digo los dos, refiriéndome a ella y a mí.

RAM. Eres un afable. ¡Vamos allá!

OSÉ. *(Dirigiéndose a Fermín, Rafaela y Cristina.)* Volvemos pronto. Se trata de una consulta, y creo que no será larga.

RAM. *(A Fermín.)* ¡¡La fatalidad!! Estaba escrito que nos habían de interrumpir para contarnos algo que tal vez no sea alegre. Estaba escrito.

N. Pero... ¿No se irá usted sin que nos veamos nuevamente?

RAM. También está escrito..., siempre que no venga la contraria.

N. ¡Eso faltaba! *(Salen Don José y Don Ramón, precedidos de Francisco.)*

ESCENA VI

FERMÍN, RAFAELA y CRISTINA.

INA. *(Tomando un libro o periódico de los que debe haber sobre cualquiera de los muebles de la habitación, y abriéndolo u hojeándolo como el que se somete a una labor de paciencia y resignación.)* ¡Ancha es Castilla! No pierdan ustedes el tiempo. Yo vigilaré atentamente. Cumpliré con mi deber. Hoy por ti, mañana por mí.

LA. *(Besándola zalameramente.)* ¿De veras, preciosa, que no te enfadas? ¿De veras?...

INA. ¡Chica, qué bobada! No te he dicho que hoy por ti, y mañana por mí...

ÍN. ¿Mañana precisamente?

CRISTINA. *(Suspirando cómicamente.)* ¡¡Ay!! No
Cuando sea.

RAFAELA. Conmigo cuenta siempre para todo. Ya
bes. *(Besándola nuevamente.)*

FERMÍN. Y de mí... No hay que hablar.

CRISTINA. De usted, sí hay que hablar, y creo q
muy bien. Por lo pronto, ya hemos ha
y como usted merece. Ahora sigan u
porque a mí ya no me interesa. *(Fing
con gran seriedad.)*

FERMÍN. *(A Rafaela, sentándose juntos y un
aparte de Cristina.)* ¿De modo que m
sencias son motivos que aprovechas par
pellejarme? ¡Bien, pitusa, bien!

RAFAELA. Y si en tus ausencias no hablo y pienso
y en ti, ¿cuándo puedo hacerlo contigo?

FERMÍN. Claro es que yo no siempre puedo di
de mi persona, pero de eso a que el tem
gido sea para no recordar más que a
que te desagrade, la verdad, me pare
poco fuerte.

RAFAELA. Mira, Fermín. Nada te he dicho hasta
pero me creo en el caso, por lo mucho
quiero, de no ocultarte nada. Dudo de ti;
de tus disculpas; pienso que alguna vez
dices la verdad. Estoy segura de ello.

FERMÍN. *(Un tanto azorado.)* Pues... te equivoca

RAFAELA. Con eso no has de convencerme. Me
demasiado poco.

CRISTINA. *(Aparte.)* ¡Y tan poco!

FERMÍN. ¡Sería una labor muy minuciosa y de ma
to referirte al detalle mis quehaceres, mis
paciones. *(Reaccionando y con apasiona
to.)* Invertiría en ello un tiempo que nun
bastante para mirarte con arrobamiento,
como un embelesado y decirte luego: R
lita...

RAFAELA. *(Interrumpiéndole y tapándole la boca c
mano.)* No te dejo seguir porque...

N. Me había olvidado de Cristina.

NA. Y yo de ustedes.

LA. No. No es por eso.

NA. *(Por lo bajo.)* Gracias.

N. Entonces, ¿por qué es?

LA. Es porque advierto en ti constantemente una intranquilidad que te aparta del momento presente, sea el que sea. Tu atención está fuera de todo. Ignoro adónde irán tus pensamientos, que con tal fuerza los reclama otro lugar. No sé cuál es éste, pero sí te aseguro que es más poderoso que todos los demás. Tus disculpas...

. Disculpas, no; explicaciones.

A. Bueno. Llámalo como quieras, pero con uno u otro nombre, son siempre verdaderos esfuerzos mentales para darles el ropaje de lógica y veracidad que a mi pesar no consigues...

NA. *(Aparte.)* Esta niña lee los discursos de don Melquiades.

. Quieres decirme que te miento.

A. *(Enfadada.)* No lo sé.

. Piensas acaso que otra mujer...

A. El día que lo pensase sería el último en que me acordase de ti.

. Entonces... ¿Qué es lo que piensas?

A. *(Aparte.)* ¡Ahí está el lío!

A. Ni yo misma lo sé. Algo que se parece mucho a los presentimientos. Creo que no hay ninguna mujer de por medio. No sé si es que lo creo o que quiero creerlo. El resultado es igual. Pero estoy segura de que hay algo muy poderoso, superior a ti mismo, que tuerce tu vida y hace de ti un ser extraño, que recobra sus dotes de hombre de mundo muy rara vez, y gracias a ello consigues que los demás, los que se interesan menos que yo, no lo reparen y sigas disfrutando de su consideración.

Y ¿por qué habría de perderla?

RAFAELA. No lo sé. Ya te he dicho que esto no p
ser en mí un presentimiento, pero yo,
no soy una chiquilla, me atrevería a
rarte que cuando el corazón de una
enamorada presiente una pena, rara
libra de ella.

CRISTINA. *(Cómicamente.)* ¡Dios nos libre!

FERMÍN. *(Vacilando y aproximándose a Rafae
abandona el asiento llevada de su ne
mo.)* Pero escucha..., escucha... Es ne
que yo te explique... *(Saca el moquer
secarse los labios, y al tiempo de hace
de su bolsillo una ficha de las usadas
mesas de juego, la que con viveza re
mira Cristina.)*

RAFAELA. Eso es lo que espero, tus explicacione
les, sinceras *(Con amor.)*, como las
mi cariño; como las he soñado siem
niendo de ti.

CRISTINA. *(Interrumpiéndoles.)* Al sacar del bol
pañuelo que tiene usted en la mano
suelo este cartón. Por si le interesa, gu
y en sitio más seguro. *(Entregándosel*
ve usted con qué facilidad puede perd

FERMÍN. *(Azorado.)* Muchas gracias, por la dev
y el consejo.

RAFAELA. *(Solicitándolo.)* ¿Me permites? *(Mi*
¿Qué significa esta cifra "ciento" qu
escrita por las dos caras?

FERMÍN. *(Dudando.)* Es una chapa del guar
del Casino. *(Cortando el incidente.)* Y
mos a lo nuestro. Te decía que es necesa
comprendas la imposibilidad material
en todo momento pueda yo...

ESCENA VII

CHOS, DON JOSÉ, DON RAMÓN, MILAGROS, el NIÑO, FRANCISCO y JUANA.

Se oyen en el interior sonar de timbres y el llanto de un niño, que man a los personajes que están en escena, cuya conversación queda rrumpida, y a poco aparece FRANCISCO, por la puerta del foro, hado con la precipitación del hombre que está impresionado.)

FAELA. *(Con alarma.)* ¿Qué es eso, Francisco? ¿Qué sucede?

ANCIS. *(En la forma acotada.)* La señora que trajo la carta, que se ha puesto muy mala y se ha *esmayao,* y el chico, que llora. Juana la está auxiliando, y el señor me avisa para que vayan los señoritos, pero... me parece que vienen todos para aquí... Sí... *(Salen a su encuentro Rafaela, Cristina y Fermín, en tanto Francisco prepara un sillón en el centro de la escena para que lo ocupe la enferma. Esta, Milagros, entra en escena apoyada en los brazos de Rafaela y Juana, y seguida de Cristina, Don José, Don Ramón, Fermín y Francisco, que va a su encuentro. Colócanse todos en la forma más conveniente para la escena que va a desarrollarse, procurando que las mujeres estén juntas. El niño, sollozando, al lado de su madre, y en todo momento los demás en actitud de compasión y cuidados por Milagros.)*

N JOSÉ. *(A Francisco.)* ¡Abre ese balcón de par en par! *(A Juana.)* Prepara una taza de te con unas gotas de azahar. *(Rafaela seca con su pañuelo el sudor de la frente de la enferma. Los demás callan contemplando la operación. Se tranquiliza un poco Milagros.)*

FAELA. *(Al darse cuenta de ello.)* ¿Pasó ya, señora? ¿Se encuentra usted mejor? Eso no ha sido nada. Un ligero vahido. *(El niño aumenta en sus sollozos, pero sin exageración.)*

ISTINA. *(Al niño.)* No llores, rico, no llores. Ven acá,

que voy a darte una porción de cosas. ¡Tú
rás qué preciosas! *(El niño se acerca más a*
madre, no atendiendo a la invitación de Cr
tina.)

NIÑO. *(Llorando.)* ¡Ay mi mamá! *(Dicho en v*
baja, relativamente. Sin separarse de ella.)

MILAGROS. *(Llorando también y abrazando y besando*
niño.) ¡Hijo de mi alma, y qué desgraciad
somos!

RAFAELA. ¡No se aflija usted, por Dios!

DON JOSÉ. Tenga usted calma, señora, que todo se ar
glará.

CRISTINA. Confíe usted en Don José. Cuando él la d
que se arreglará, delo usted por seguro.

MILAGROS. ¡Si Dios hiciera un milagro! ¡Si se apiada
de este inocente! *(Señalando a su hijo.)* P
él se lo pido a usted, Don José. Cuanto ust
haga por el desgraciado de su padre, será
bien de esta criaturita, que no tiene más ar
paro que el mío, y figúrese usted *(Llorando*
para lo que puede servirle.

DON RAM. Dios no nos abandona jamás. Confíe usted
El y en nosotros, luego.

RAFAELA. *(A Don José.)* Pero ¿qué le ha sucedido, tiít
¿Es muy grave? *(A media voz.)*

DON JOSÉ. Bastante, nena, bastante; pero qué caray, to
se arreglará. Anímese usted. *(A Milagros.)*

JUANA. Aquí está el te.

RAFAELA. *(Dándoselo a Milagros.)* Esto le sentará bie
Vamos allá.

MILAGROS. Gracias. Muchas gracias, señorita.

DON RAM. *(Aparte a Don José.)* Estuvimos un poco l
geros no ocultando a esta pobre señora la gr
vedad del delito. Nunca aprende uno lo ba
tante.

DON JOSÉ. Tienes razón.

FERMÍN. *(En voz alta, dirigiéndose a Don José y Do*
Rafael, sin darse cuenta de que Milagros l
ha de oír.) ¿Y qué es ello?

A. ¡Qué imprudencia!

OS. Ninguna, señorita. He pasado bastantes horas con la pena dentro del cuerpo. Justo es ya que al repetirla ante ustedes, de quienes lo espero todo, encuentre algún alivio. Oiganme, ¡por favor!

A. No se esfuerce usted. Ya lo sabremos.

É. *(A Rafaela.)* Escucha, escucha. Que el saber del dolor ajeno es a veces prevención contra el propio.

OS. Ante todo permítanme que les diga mi nombre. Me llamo Milagros Ruiz, y soy casada. Pidiendo amparo para mi marido he venido a esta casa, recomendada a su papá.

. Es mi tío, aunque yo le considere como mi padre.

S. Pues óigame usted e interceda con él para que haga en nuestro favor cuanto yo espero de su caridad.

. Descuide usted, señora, que interés no ha de faltarle, y cuente de antemano con que el mío está ya a su servicio.

S Dios sabrá recompensarla todo el bien que nos haga. *(Pausa.)* Constituíamos un matrimonio ejemplar; como no hay muchos. Disponíamos de pocos medios económicos, pero eran bastantes para lo modesto de nuestras aspiraciones. Mi marido desempeñaba el cargo de cajero en un almacén de frutos coloniales. No tuvimos más hijo que éste, y para los tres, con las cuatro mil pesetas de sueldo de Cayetano, teníamos lo preciso para vivir como corresponde a gente tan humilde como nosotros. Mi marido fué siempre un hombre honrado, trabajador y amante de su casa. Todo lo de ella ocupaba un lugar preferente en su atención... Tal vez esto...

, *(Mirando a Fermín con cierta sorna.)* La fatalidad, señora.

MILAGROS. Puede ser... Hace algún tiempo, no
caí yo enferma con el tifus. Nada falt
casa para atender a mi enfermeda
¡para qué decirles a ustedes que este
no arrambló con nuestras reservas,
naturalmente, y hubimos de reducirn
si cabía, en nuestros gastos, procura
a este pequeño ¡hijo de mi vida! *(E
le.),* nada le faltase, ni llegaran a él la
ciones. ¡Por los hijos todo, señorita
cómo su padre pudo olvidarlo. Yo ¡¡j
olvidaría!

RAFAELA. *(Medio llorando.)* Dice usted bien. Ni
poco, si los tuviera.

DON RAM. *(Aparte.)* Valen más que nosotros. (
José y Fermín.)

MILAGROS. Y de pronto, porque no acierto a ex
de otra manera, mi marido sufrió un
en su vida. Dejó de ser puntual en la
Se olvidó de las horas de comida en
casa. Llegaba a ella tarde y con carác
variable. Unas veces alegre y satisfech
con alegría nerviosa e intranquila. Otra
humorado y huraño. Algunas veces no
ció por ella hasta el amanecer, y toda
las noches, yo que le observaba presi
algo pavoroso, pude advertir que su s
presentaba tardo e inquieto y que las
las noches sufría pesadillas; pronun
entre incoherencias, números, colores
tidades; ¡¡qué horror!!

CRISTINA. ¡Qué martirio!

RAFAELA. ¡Pobre señora!

MILAGROS. A mis preguntas contestaba con evasiv
pretextos. Alegaba ocupaciones. Que
de su cargo. Cosas todas que no le había
rrido en los doce años de empleado en
macén; y algunas veces llevaba sobre
tidades de cierta importancia, que ya no

daba, como en otros tiempos, cuidadosamente y lleno de temor por si se las robaban. Ahora, los billetes se alojaban sueltos en el bolsillo del pantalón o en el de la americana, como cosas sin valor, porque realmente había llegado a no concederles ninguno. ¡Qué desgracia!

ÑO. *(Llorando.)* ¡Pobre papá!

N JOSÉ. ¡Pobre criatura!

LAGROS. Y llegó el momento terrible. El que yo esperaba. Mi marido había dispuesto de treinta mil pesetas confiadas a su honradez, y a nuestra casa llegó la policía para llevarse al ladrón, y allí quedamos muertos de dolor y en el mayor desamparo el hijo de aquel pobre hombre y la madre de aquel hijo para no *(Llorando.)* dejar de llorar mientras él sufre en una cárcel y nosotros morimos de hambre y vergüenza. *(Abrazándose entre lloros madre e hijo.)*

FAELA. ¡Qué horror! ¿Y cómo no se evitan esas cosas? ¿Por qué no se prohibe el juego, papá?

N JOSÉ. Está prohibido, aunque tolerado. Dicen que hay muchos intereses creados a su alrededor.

LAGROS. Pero ¡qué privilegio tienen esos intereses ni en qué proporción están con los de las personas honradas que los han de mantener para destruír la tranquilidad de tantas familias! Mi marido era bueno, se lo juro a usted.

N RAM. Conformes, señora. Algunas veces he pensado que prohibir y tolerar al mismo tiempo, era algo así como colocar en una calle transitada por ciegos un farolillo—la prohibición—indicador de una sima muy honda. Con esto se advierte el peligro y parece que ya se ha cumplido un deber; pero advertirlo, no es evitarlo, porque para los pobres ciegos, mientras no se cierre la calle, el farol como si no existiese, en tanto que la sima va dando buena cuenta de ellos y dejando tras cada uno lo que ustedes ven.

RAFAELA. ¡Eso es cruel e inhumano!

MILAGROS. Dice usted bien. Yo aun diría más... Dirí

CRISTINA. *(A Milagros.)* No se excite usted, señ Acérquese un poquito aquí, al balcón; que guramente le hará bien el airecillo que co Ven con nosotras, pequeño.

MILAGROS. Muchas gracias, señorita. Es usted muy a ble. *(Salen Milagros, Cristina y el niño po lateral derecha, fingiendo pasar al balcó desapareciendo casi de la vista del público.*

FERMÍN. ¡Las mujeres lo ven todo con sus nervios! hay que tomarlo en heroico. Hay tantas co mal hechas, que no conviene alarmarse de siado.

DON JOSÉ. Usted es un espíritu fuerte, sin duda algu Por eso no se explica la indignación de faela. Las mujeres sienten de modo distin y entre ellas se entienden mejor que nosot los hombres.

FERMÍN. No le digo a usted que no.

DON RAM. Sería lo mismo. Hace poco me preguntaba u muchacha, ahijada mía, al pasar frente a Casino, si todos los socios eran hombres posición y si el Casino tenía un dueño. Le d que no. Que los más no disfrutaban de bue posición, pero que el edificio pertenecía a dos. Me dijo entonces que pagarían muc para costear y sostener un edificio tan suntu so. Respondí que una miseria, ocho peset mensuales, y a bocajarro me enjaretó la pr gunta final. Pues entonces, ¿de dónde sal De lo que juegan y pierden, repuse. Se ta la cara horrorizada y yo adiviné que dec para sus adentros: ¡qué malos sois, cuan con las lágrimas y miserias de unos constru los otros palacios para el ocio y viveros pa el vicio! Creo que tenía razón. ¿No opina ustedes lo mismo?

FERMÍN. Yo, por lo menos y en absoluto, no, señor. I

riqueza y engrandecimiento de unos ha de traer fatalmente el empobrecimiento de otros. Todo el que negocia, trata de sorprender a otro, o por lo menos, de aprovecharse de su necesidad, y lo explota para beneficiarse, sin que le detenga la desventaja en que se halla el necesitado o el estado económico a que pueda reducirle la operación. El sentimiento en estos aspectos de la vida es una cosa ridícula.

RAM. Entonces el toque está, a su entender, en saber elegir posición, para desde ella defenderse con ventaja, sin que al lograrlo con perjuicio ajeno su conciencia se altere ni tenga, a juicio de usted, por qué alterarse.

N. Indudablemente. Lo demás son sensiblerías.

LA. Patrimonio exclusivo de nosotras, que hemos de sentir y llorar como esa señora la ceguera digna de compasión de unos y la dureza de alma de otros.

OSÉ. *(A Rafaela.)* Ya me oíste anteriormente asegurar que Fermín es un espíritu fuerte, que razona sin permitir intervenciones al corazón. *(A Fermín.)* Para usted debe ser el triunfo en la vida, si la fatalidad, como decía usted momentos antes, no tiene dispuesto otra cosa.

N. Estará escrito. ¡Resignación!

ROS. *(Volviendo del balcón, seguida de Cristina y el niño. A Don José.)* Se me olvidó anteriormente, y ustedes perdonen, enseñarle esto que he encontrado entre las cosas que guardaba mi marido. *(Saca una ficha igual a la que cayó del bolsillo de Fermín.)* Lo hallé en un bolsillo del traje que para los días festivos usaba. Presumo que debe ser algo relacionado con su género de vida; de su mala vida.

NA. *(Fijándose en ello.)* ¡Eso es una chapa de guardarropa! He visto yo otra igualita.

A. *(Tomándolo en su mano y mostrándolo a Don*

Ramón, Don José y Fermín.) Sí; es una c
de las que entregan en los guardarropas.

DON JOSÉ. No, hija mía. Esto es una ficha de las us
en las mesas de juego. Vale cien pesetas.

CRISTINA. *(Con viveza a Fermín.)* Fermín, ¿no decía
ted que...

RAFAELA. *(Interrumpiéndola con gran diligencia y b
quedad, a la vez que con la mano tapa la
de Cristina.)* ¡Calla!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

r cualquiera del Parque del Oeste, en Madrid.—En el plazoleta deben aparecer dos o tres bancos, practicables, rrientes en esta clase de lugares para el servicio público. ntarse el telón aparecen, sentado en un banco y leyendo alta un periódico, DON LEOPOLDO, hombre viejo que usa por su indumento representa a un individuo pertene- la clase media, y ANTÓN, guarda del Parque, también viejo, que escucha en pie la lectura del diario.

ESCENA PRIMERA

DON LEOPOLDO y ANTÓN.

co. *(Leyendo el "A B C".)* "El país comienza a sentir una febril inquietud por salir del laberinto en el que van a perderse todas las posibles soluciones del problema nacional. Con las Cortes abiertas, todo se estanca, todo se diluye en discursos y a nada práctico se llega." *(Interrumpe la lectura para limpiar sus gafas.)* Esa es la fija. Porque, dígame usté, don Leopoldo, ¿qué adelantamos con que cuatro loritos nos digan *un porción* de cosas, muy bien dichas, si después tó se queda en *parlarrea?*

co. ¿En qué ha dicho usted?

En *parlarrea.* Se lo he oído a un señor que viene por aquí casi todos los días y echamos nuestros párrafos. Es un señor que piensa *lo suyo,* no vaya usté a creer.

co. Ya me supongo que será lo suyo lo que piensa. Y es lo que yo me digo. El cielo está lleno de buenas intenciones; lo que hacen falta son obras, actos, cosas verdad, como en los toros. Ahí tiene usté lo que ha ocurrido en Italia. Los

de la camisa negra se han liao la mant
cabeza y han ido al copo. ¿Qué me dic
de eso?

DON LEO. Que veo que se entera usted de lo qu
fuera de aquí.

ANTÓN. Como que si bien se mira tó está enla
aquí llegará un día en que los de la cami
o menos negra, ¡cualquiera!, ¡vaya ust
ber!, se hartan de que los traten como a
nos y entonces va a ser ella, ¡porque
que llegar, Don Leopoldo! Yo lo veo ve

DON LEO. Puede que tenga usted razón, pero me
que no lo vamos a ver ni usted ni yo.
para largo. ¡Cuando ya no ha ocurrido!

ANTÓN. Mire usté; de eso no se puede uno fia
hombres tenemos cosas muy raras. Unas
por menos de ná se lía uno a palos c
sombra, y otras le dicen a uno perro judí
hace el sueco, y en una de éstas, cuando
lo esperan, se arma una de *leña* que ha
árboles *sacuden*.

DON LEO. Las revoluciones las hacen las mujeres.

ANTÓN. ¡Hombre! ¡Claro! Ya se sabe. Donde es
mujer, revolución; pero esta que yo ba
es de bachilleres pa arriba.

DON LEO. Le engaña a usted su buen deseo. Aquí n
nada. Este es el país del camelo.

ANTÓN. No se fíe usté mucho, por si acaso. Mir
Yo tuve un amigo que el pobre está ahí a
"en la Modelo".

DON LEO. Bien relacionado está usted, Antón.

ANTÓN. Una desgracia cualquiera la tiene, y mi
la tuvo. Era un buen hombre, con un ca
uno apagao. Parecía que no se iba a enfad
na. En fin, con decirle a usté que su muj
cía que era un infeliz, ya pué usté figu
porque cuando una mujer dice de su m
que es un infeliz es que no le pué de

peor. ¿En esto estará usté de acordes conmigo?

LEO. ¡Vaya si lo estoy!

N. Pues la muy perra, creyéndose que él era una lila, le ofendió. Le ofendió como... ¿cómo le diré a usted?, como si ella fuese un décimo y lo llevaran entre varios, ¿me entiende usté?

LEO. A la perfección.

N. El parecía como que no sabía nada; pero pa mí que estaba muy bronco. Y un día, cuando menos se podía esperar, llega a casa y por si la sopa está más o menos caldosa, se mete en una ensalá de palos que dejó aquella mujer como pa echarla la arpillera. ¿Qué cree usté que pensé yo?

LEO. No lo sé.

N. Pues que lo del caldo de la sopa fué un pretexto y que aquella paliza se la tenía dedicada desde hacía tiempo.

LEO. Puede ser.

N. Delo usté por seguro; lo que ocurrió es que llegó el momento malo, ese de pegarse uno con su sombra; se fué a casa, quiso comer, y al tomar la primera cuchará dijo: *¡Encima* seca la sopa! Pues ahora verás... y en la cárcel lo tiene usté.

LEO. Triste final.

N. Pues un día cualquiera, porque si este partido tiene un credo y el otro una salve, y éstos hablan de esencias y los otros de porquerías, ¡cataplún!, se arma la gorda y después, ¡quién lo había de decir!

LEO. Lo peor es que acabemos en la cárcel, como su amigo.

N. ¡Eso faltaba!

LEO. Pues todo pudiera ocurrir. *(Se levanta, dobla el periódico, guarda las gafas y se queda mirando fijamente por lateral derecha)* Allí *(Señalando el sitio que mira.)*, me parece que se están tomando los dichos.

ANTÓN. *(Mirando.)* ¡Toma! ¡Ya verá usté qué m
sienta en cuanto vayamos de testigos! ¡
peste! *(Salen ambos por lateral derecha.*

ESCENA II

DON RAMÓN y ANTÓN.

(Sale por la lateral izquierda. Mira a su alrededor algún tiem
divisar a ANTÓN se detiene, llamándole.)

DON RAM. ¡Antón!... ¡Antón!... ¡Pero dónde esta
hombre! ¡Ah! Allí le veo... ¡Antón!

ANTÓN. *(Al poco tiempo.)* Buenas, Don Ramó
me tenía usté liao con unos amorosos. E
to de toos los días y a toas horas. Yo
visto nunca frescura como la de esta ge
menos de ná, boda.

DON RAM. El sol, el campo y la juventud, Antón.
turaleza prodigiosa que despierta.

ANTÓN. ¡Ca! No lo crea usted. El que los despie
yo, "pero a palos en cuanto se descuider
que lo de multas y detenciones va pa l
luego siempre hay las recomendacion
perdío.

DON RAM. ¿No vió usted a la señorita?

ANTÓN. Aún no debe haber venido.

DON RAM. ¿Estuvo usted por aquí, Antón?

ANTÓN. Por aquí estuve hasta este momento en
fuí pa allá con Don Leopoldo. Mírele u
está todavía. ¡Claro! ¡Como que es pa q
parao! ¡Pero qué frescos!

DON RAM. *(Con malicia.)* Sí, sí, frescos... Voy a
a Don Leopoldo. *(Hacen mutis por lat
recha.)*

ESCENA III

LUIS y ALBERTO.

achulados y de mala catadura. Pasa LUIS por el fondo de la viniendo a ella por lateral izquierda, seguido a muy poca distancia ERTO, y ambos, después de las frases que se les señalan a cada ellos, a continuación, salen, en el momento acotado, por lateral La actitud de uno y otro es la que corresponde a dos individuos nen observando a alguien que marcha impensadamente detrás, y observar a ese alguien sin ser vistos, y si esto no es posible, repare en ellos y su vigilancia.)

(Hablando a Alberto, sin darle la cara, sino totalmente de espaldas a él, parado y mirando a las nubes.) Agáchate, Alberto, como si fueras a atarte el zapato y *fila* el camino que toman.

TO. *(Haciendo lo indicado por Luis, finge atarse la bota o el zapato y habla a su vez como si conversase con la tierra.)* ¡Vienen para acá, Luis; y me parece que vienen de bronca!
Sígueme, que ya veremos dónde paran; pué que sea aquí mismo.

TO. Pa mí que sí. ¡Hale! *(Sale Luis, seguido de Alberto, que antes de abandonar la escena vuelve la cara mirando ya resueltamente un solo momento a lateral izquierda. Mutis.)*

ESCENA IV

ELA y FERMÍN, seguidos de la MISS, que inevitablemente lleva un periódicos para entregarse a la lectura, mientras RAFAELA y FERMÍN Se sientan ambos silenciosamente en un banco, en tanto que la ce lo propio en otro, entregándose a la lectura. Pausa.)

N. *(Preocupado y con signos de mal humor.)* Créeme. No obstante tus explicaciones, encuentro tu actitud para conmigo exageradamente severa. Yo comprendo hasta dónde llega mi delito, mi falta, más bien, pero creo adivinar que influencias ajenas a tu corazón trabajan contra mí. ¿Vas a negarme esto?

LA. Que niegue o afirme, es igual, Fermín. Con in-

fluencias o sin ellas yo sé lo que fatalme
bía de saber. Lo extraño es que tú, homb
puede legítimamente creerse avisado y c
dor de la vida, pretendiese, no sé cómo
qué, que permaneciese oculto lo que no s
de ocultar por mucho tiempo. Eso era u
tensión absurda.

FERMÍN. Absurdo es todo lo que sucede. Tu casa
cerrado por siempre para mí. Nadie, s
misma, lo ha decidido. Tu tío y los f
de tu casa me tratan con la cordialid
siempre. Dudo de ellos y trato de obse
escrupulosamente, sin que mis observa
den el menor resultado. Todos parece qu
decen a un plan concebido para apartar
ti, sin que yo pueda decirles cuándo y
trabajan en contra mía. Esto es un hech

RAFAELA. Repito que con nadie he hablado ni nad
poco se ha concertado conmigo para ir c
tra tuya. Yo, por sentimiento, no puedo
lo. A los demás no les interesas.

FERMÍN. Tú, ¿por sentimiento has dicho? ¡Poco
que por compasión!

RAFAELA. Suprime el poco menos y estarás más c
la realidad. Compasión, a secas, porqu
que eso es lo que mereces. Si tu orgull
berbia se rebelan contra esta palabra, e
a solas tu conciencia, repara en tu vida
prenderás que no a otra cosa tienes dere

FERMÍN. *(Irónicamente.)* Y tú, bajo la influen
austero bufete de tu tío, me concedes "
ha lugar en derecho". Debí pedírtelo en
de oficio. ¿No es así?

RAFAELA. Pudiste obtenerlo todo sin apenas pedirl
desearlo por encima de todas las cosa
corresponder a mi cariño como él lo an
naba; con vivir para mí como para ti vi

FERMÍN. Y ¿cuándo dejé de hacerlo?

RAFAELA. Resulta ridículo que pretendas nueva

mentir un afecto que jamás has sentido. Hay en mis labios, al pensar en tus intenciones para conmigo, una palabra que pugna por escaparse, si no la detuviese la vergüenza.

ÍN. Nada puede ya sorprenderme, Rafaela. Nada debes ocultarme. Si el oírte pronunciar contra mí las más crueles abominaciones es mi penitencia, no me ahorres nada. Habla. No te contengas.

ELA. Sería crueldad. Conmigo misma puedo ejercerla; contigo, no. ¡Eres muy desgraciado!

ÍN. Mira, Rafaela. *(Cogiéndole las manos.)* Cuando una mujer compadece a un hombre, si antes le ha querido, al compadecerlo, aun queda algo de aquel cariño. Si aun no le quiso, está en camino de quererlo. Tú me quieres a mí, y aunque me digas mil veces que no, seguiré pensando que te engañas o quieres engañarme, porque la verdad es la que acabo de decirte.

ELA. Inconvenientes de tu añeja insinceridad. Es inútil tu esfuerzo. Bastaban antes la mitad de esas palabras para que yo creyese que mi felicidad a tu lado era cosa descontada. Hoy sólo veo ardides en tus explicaciones. Perdí la confianza. Lo perdimos todo.

ÍN. ¿Sin posibilidad de recobrar nada?

ELA. ¿Y cómo?

ÍN. Con mi confesión, aunque ella equivalga a renunciar a ti para siempre. Escucha.

ELA. Habla.

ÍN. Nada he de decirte de mi familia. Escasos parientes me quedan, y esos lejos de mí. No quiero culpar a nadie porque sería una cobardía que a los míos culpase de lo que solo hice. Refiero hechos. Enjuicia tú mentalmente, pero desecha recelos, porque yo te prometo que, después de oírme, podrás asegurar que nunca escuchaste más clara la voz de la verdad. Oyeme bien.

ELA. *(Con interés.)* Habla. Habla.

FERMÍN. Fuí hijo único de padres linajudos y pu
tes, como tú sabes. Jamás mientras ell
vieron conocí la más pequeña privación d
pricho más insignificante. Mi porvenir lo
asegurado y tenían razón para creerlo, s
económico nada más se ha de atender. E
una carrera de ejercicio libre por tener
más. Para que nada me faltase. Fuí mal
diante, no por torpe, sino por vago, y c
fluencias y en distintas Universidades c
un título. ¿Para qué? No lo sé. Ni nad
preocupó de ello.

RAFAELA. Tú debiste hacerlo.

FERMÍN. No lo hice, ni tampoco, repito, nadie me
virtió. Viví en un mundo formado a mi a
y sufrí el dolor de la desaparición de los
con la sorpresa del que pierde algo que e
para allanarle todos los caminos y colmar
caricias; caricias que yo recibía como cosa
gada y sin darles todo su inmenso valor p
no las podía contrastar con un mal gesto
reprimenda, nada, en fin, que se opusiese
voluntad virgen.

RAFAELA. Todos los padres hacen casi igual...

FERMÍN. Comprendo tus disculpas y aplícamelas,
que yo soy quien debe solicitarlas por ir
rente.

RAFAELA. No. Eso, no. *(Pausa.)*

FERMÍN. A la muerte de ellos dispuse de una for
Con ella hubiera podido, por larga que
mi vida, llevarla espléndidamente, y el de
farro, los vicios y el ocio la pusieron fuer
mis manos para nunca más volver. Todo c
to un hombre apetezca, dentro de límites
cionales, puede satisfacerse con un gran
tal, pero hay una enfermedad que nadie
catalogado, para la que no basta ninguna
tuna por crecida que ella sea.

RAFAELA. Y ¿esa enfermedad es...?

MÍN. El juego. *(Con tristeza.)*

ELA. ¿No habrá al calificarlo tú de enfermedad un afán sincero de cómoda disculpa?

MÍN. Tal vez, y sin darme cuenta incurra en exageración o atrevimiento. Puedo asegurarte, sin embargo, que en mis atribuladas reflexiones he llegado a esa única conclusión.

ELA. Eso, no obstante...

MÍN. *(Interrumpiéndola.)* Yo me he observado, y en la época de mis bienes para nada necesitaba ni me era preciso el dinero que iba a buscar en el tapete. Yo he formado propósitos, que siempre han quedado incumplidos. Yo he pretendido hurtarme a la tentación, y como el beodo a quien embriaga el ambiente de la taberna, apenas me hallaba en la proximidad de un lugar en que mi pasión pudiera satisfacerse, allí me encaminaba, lleno de febril impaciencia, sin que a impedirlo bastasen ni reflexiones ni avisos. Yo iba porque algo superior a mí mismo me lo ordenaba. ¿Era abulia? Enfermedad. ¿Desequilibrio? ¿Amoralidad? ¿Incontinencia? ¿Apetito inmoderado de bienes por fácil adquisición? No lo sé.

ELA. ¡Locura!

MÍN. Justamente. Ya en la pendiente resbaladiza, locura ha sido mi vida. Y hoy, ni sé cómo, ni adónde voy, ni quisiera en modo alguno que tu limpia vida se una a la mía. Sólo deseo poder recordarte, como se recuerdan los sueños felices tras las noches atormentadas. ¿Crees ahora en mi cariño?

ELA. ¡Pobre Fermín! *(Llorando.)*

MÍN. *(Sollozando y tapándose la cara con las manos.)* ¡Pobre, sí!

ELA. *(Animándole cariñosamente.)* Entiende mi compasión. Tú mismo la explicaste anteriormente. Compadecer es comprender, y si el que comprende ama al mismo tiempo, nada más fá-

cil ni mejor empleado que su cariño pa
grar la redención del que la necesita.

FERMÍN. No sé si tengo derecho a la compasión.
falta tu alma grande de mujer para enco
una palabra piadosa, después de mi conf
¡Qué buena eres, Rafaela!

RAFAELA. Confesar nuestras faltas, reconocer nu
errores, es poner pie en el camino de l
mienda. Así me lo enseñaron de muy niña
bre es el razonamiento, si yo lo expongo,
si consigo sugerirte mi convicción, con
que ella lleva, puedo esperar de su eficaci

FERMÍN. ¡Enmienda! ¡Rectificación! ¡Buenos pro
tos! ¡¡Qué tarde ya!!... Y ¿para qué?
puedo esperar? Mientras una remota esp
za nos hace concebir un porvenir mejor,
que sea inmerecido, aun hay ánimos dentr
nuestra flaqueza para esperar luchando c
nuestro más cruel enemigo: contra uno
mo. Cuando esa remota esperanza se fund
el fuego de nuestra imperfección, no nos
da más recurso que dar a la tierra lo q
pertenece, nuestra materia *(Con exaltaci*
hoy, mañana, cuanto antes mejor, y dejar
nuestro espíritu rinda cuentas ante quien
le estimarlas para resolverlas en Suprema
ticia.

RAFAELA. *(Asustada.)* ¡Qué horror! Los desesper
son seres faltos de razón y de valor. Las
jeres no podemos amar ni a los locos ni a
cobardes. Yo no encuentro razones que pu
ran servirme en este caso, pero hay dentr
mí una tan elocuente, que a falta de otra
presión sólo sabe decirte: "Fermín, yo te
pero".

FERMÍN. *(Tristemente.)* ¿Y para qué? ¿Qué puedo
ofrecerte? Mi pasado borrascoso; mi prés
inútil y comprometido. Cuando la ambició
el cálculo me acercaron a ti con la frialdad

pugnante del especulador, no supe ver más que la liberación, probablemente temporal, de una situación angustiosa económicamente. ¡Quién se detenía ante escrúpulos de orden subjetivo! Hoy no es posible. He tenido el valor de analizarme ante ti, cuya bondad y virtud obraron el milagro. ¡Tal vez tu generosidad esta mañana; el sol; el lugar en que nos hallamos, ¡qué sé yo!

ELA. No, Fermín, no. Dios tocó en tu corazón. Yo estoy segura de que al fin conseguiré lo que más anhelo. Serás quien yo soñé que fueras. De ti depende.

ÍN. *(Esperanzado.)* ¿Tú me ayudarás? ¿Tú sabrás esperarme? ¿Tú conseguirás llevar al ánimo de los tuyos la convicción de tu esperanza?

ELA. Espéralo todo de mí, como yo de ti lo espero. Si alguno desmaya en el propósito, si uno de los dos deja de perseverar en él, puedo asegurarte que no seré yo. Lo demás es cuenta tuya.

ÍN. *(Trata de besarla las manos.)* ¡¡¡Rafaela!!!

ELA. ¡Cuidado, por Dios!

ESCENA V

DICHOS, LUIS y ALBERTO.

prenden a los anteriores, presentándose por último término de derecha, o sea por donde salieron de la escena III.)

Con permiso de la señora, tengo que hablar con usted, Don Fermín.

ÍN. Señorita. En cualquier lugar y mejor ocasión que ésta podrá usted hablarme. El momento no tiene nada de oportuno...

Eso le parecerá a usted, pero a mí que le he buscado desde hace bastantes días, me parece otra cosa.

FERMÍN. No le entiendo a usted.

LUIS. Pues si usted quiere se lo explicaré. he venido. ¿No te parece, Alberto?

ALBERTO. Eso creo yo.

FERMÍN. De todas maneras, permítanme usted acompañe a estas señoritas hasta el coc está en el paseo, y en seguida hablaremo que ustedes quieran. *(Hace intención d per el grupo, uniéndose a Rafaela y a l separándose los tres de Luis y Alberto niéndose éstos a lo que intentan Fermí señoras.)*

LUIS. *(Con chulería.)* ¡Que no es por ahí! A oye usté delante de esta señorita y de e señorita. Yo vengo a darle a usté un r necesito público. ¿Pero has visto qué c le ocurren a este hombre para escurrir *Alberto.)*

ALBERTO. *(Con burla.)* ¡Es diabólico!

FERMÍN. ¿No pretenderán ustedes obligarme a cándalo?

LUIS. Pero ¿quién lo iba a dar? ¿Usté? Tendr cia. Los tramposos no hacen más que iba usté a hacer antes, si le dejamos: e se; y pa una vez que le echo a usté l encima, no lo va usté a conseguir como mago o cosa así.

FERMÍN. Respete usted al menos a quien nos es Hágame el favor. *(Tratando de separars vamente.)*

LUIS. Esta señorita tiene que saber qué clase d bre le acompaña.

FERMÍN. Conseguirá usted que yo también me olv todo.

ALBERTO. Eso no le cuesta a usté trabajo; y por e mos venío. A que recuerde y pague si pué ser.

LUIS. Puede que pueda. Tú verás. *(A Ra* Es un fresco, señorita; y por si no sab

lo que eso quiere decir, le hablaré más claro. *(Alzando la voz.)* ¡Un sinvergüenza! ¡Un cualquier cosa! *(Fermín trata de arrojarse furiosamente sobre Luis, impidiéndolo Alberto, que le sujeta violentamente.)*
(Sin gritar mucho.) ¡Socogo! ¡Socogo!

LA. *(A la Miss.)* ¡No grite usted! *(Intenta poner paz ansiosamente, en actitud de súplica a todos.)*

N. *(Lleno de rabia y tratando de desasirse, sin conseguirlo, de Alberto, más que pronunciar, escupe frenético de ira las palabras.)* ¡Es usted el más cobarde de los hombres! ¡El más ruin! ¡El más canalla!

LA. ¡Yo les pido, por Dios! Yo les ruego...

N. *(Más furioso aún.)* ¡Rogar tú a esta gentuza! Usté se calmará por buenas o por malas, como usté quiera, y usté me oirá, señorita, na más que pa que conozca usté bien...

ESCENA VI

os y Don Ramón (que aparece en escena, donde ha estado escu-
el último párrafo de Luis, sin que los demás personajes se den
le ello) cogiendo del hombro a Luis y dándole violentamente media
ra encarárselo, a la vez que, sorprendido Alberto, suelta a Fermín.)

RAM. Esta señorita no tiene que conocer nada ni a nadie por conducto de usted. El coche os espera. *(A Rafaela y a la Miss, que vacilan, accediendo a la orden de Don Ramón ante la reiteración, por gestos, de su mandato. Salen ambas por lateral izquierda.)*
Caballero. No sé quién es usté ni por qué se mete en este asunto.

RAM. Ahora que estamos entre hombres, me lo pregunta usted y yo le contestaré si quiero.

N. Déjeme usted, Don Ramón. Yo me entenderé con ellos.

TO. Pues ya que interviene el señor, va a ser cosa de que yo también tome parte.

DON RAM. Desde luego. A eso venía usted. A mí me
casi de sorpresa; y digo casi, porque ha
un rato que les he visto a ustedes de ace
he querido yo también acechar. De don
sulta que ahora estamos todos prevenidos
vez alguien más, sin que yo lo considere
preciso, porque somos cuatro y muy ra
bles todos. ¿No les parece a ustedes?

LUIS. El señor es el que tiene que ser como es d
porque nosotros no venimos más que
nuestro, por lo que nos corresponde.

DON RAM. Eso está muy bien para que se lo cuente
al señor y él le responda lo que crea
niente. Pero que se lo tenga usted que
y a la fuerza a una señorita, que ni tie
ha tenido, ni tendrá nunca ningún asunt
usted, me parece un atraco, y ustedes p
parecer cualquier cosa, pero atracadore

LUIS. Mire usted, caballero, cuando usté viene
será por algo. ¿No te parece, Alberto?

ALBERTO. Natural.

LUIS. Yo no sé si usté es de la Poli o no lo
soy un hombre honrado que defiende su
cido" y, por tanto, nada tengo que tem
la Policía.

FERMÍN. Pues si no la teme usted, no la nombre.

DON RAM. La verdad que acordarse de ello ahora
poco raro. Lo que pretendía usted hacer
motivo para que interviniera la Policía.
lo de su cocido de usted es algo que n
atención, y nada más. Encárguelo usted
su casa.

LUIS. Le quise decir a usted que este señor
Fermín, hace más de seis meses que firm
letra para pagarme un dinero que yo le bu

FERMÍN. Le dije a usted la última vez que hablam
asunto que en cuanto dispusiera de la ca
le pagaría.

RTO. Va usted a tener que pagar a muchos y tal vez no pueda.

RAM. Eso no lo sabe usted.

Hasta ahora tenemos motivos para dudarlo.

RAM. Es que aquí su socio lo asegura.

RTO. Amigo nada más.

ÍN. Son del oficio. Trabajan el préstamo.

RAM. Mucho gusto en conocerlos. *(Saludándolos burlonamente.)* Yo también intervengo en eso; pero como abogado, y para impedir la usura. Aquí..., vamos, conmigo, lo convenido, y nada más. No crea usted que al señor *(Señalando a Fermín.)* se le lleva el aire.

RAM. No lo permitirían ustedes. De llevárselo alguien, ¿quién con más derecho que ustedes mismos?

ÍN. Prometo, una vez más, pagarles lo convenido y recoger mi compromiso con uno y otro.

Por haber creído en sus palabras no he conseguido desde hace algún tiempo ni mi dinero ni echarle hasta hoy la vista encima, y eso que alguna vez me he pasado esperándole en el Casino desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana.

RAM. Esa es la hora del barrido.

Dígamelo usté a mí, que bien me he enterao.

ÍN. Con prolongar esta conversación no vamos a resolver de momento. Ya saben ustedes a qué atenerse, en la seguridad de que no busco treguas, y sí sólo la ocasión de liquidar para permitirme el gusto de pagarles y cobrarme yo también.

RTO. Las dos cosas me parecen dos chirigotas.

ÍN. Yo le demostraré a usted que si durante algún tiempo he olvidado lo que me correspondía, por nombre y educación, eso terminó ya, y pagaré y cobraré.

De donde resulta que encima nos quiere usté pegar.

DON RAM. *(Con sorna.)* Entienda usted bien. *Pag*

LUIS. Es que eso no sería más que lo justo.

ALBERTO. Digo yo.

DON RAM. Cuente usted con ello. Con lo justo, nad
y como se dice en el lenguaje de usted
por las buenas!

LUIS. Es decir, que...

DON RAM. Es decir, que el señor, por mi conducto,
a ustedes la cantidad exacta que de uste
recibido, contra la entrega de los compro
aunque en ellos figuren ustedes otra ca
superior.

ALBERTO. ¡Pues vaya un negocio más especial!

DON RAM. En eso consiste mi especialidad. Yo ha
solventes a los deudores apretados por l
ra, y ésta, después, se siente generosa y
todo lo que no entregó. ¿Ustedes no h
mado nunca el tranvía?

ALBERTO. Sí, señor. Muchas veces. ¿Qué quiere
decir?

DON RAM. Pues bien. Recuerden ustedes las vec
han calculado llegar a un punto deter
en un tiempo razonable; pero a mitad d
yecto se corta la corriente, y ustedes, si
prisa, se apean, después de haber pagado,
andando. Que no se apean ustedes, llega
tarde de lo que esperaban, y a veces ya
ne objeto el llegar. Algo de eso ocurre co
asunto: *se cortó la corriente;* ustedes se
y, aunque algo más tarde, llegan y cobra
biendo perdido la cantidad pagada al cob
En este caso, los intereses que pensaban c
¿Les conviene? Bien. ¿Que no les con
Siguen en el tranvía, o esperando, que p
caso es igual, y como a Don Fermín no
vorezca la Lotería, que *creo que es a lo*
que no juega, no cobran ni ustedes ni ni
que haga el papel de monosabio, echando

ballo de la necesidad sobre los cuernos de la usura. ¿Me han entendido?

(A Alberto.) A este tío no le *jamo* yo. Estoy *mosca.*

O. *(A Luis.)* Del lobo un pelo. ¡Hocica... tú!

AM. Pónganse de acuerdo, si quieren, porque como dijo Don Fermín antes, nada ha de resolverse en este momento, y él, ya habrán visto ustedes que con su silencio aprueba lo que yo haga. ¿No es así, Fermín?

. Lo que usted haga. ¡Cómo no!...

Pues nosotros...

AM. Sí, hombre. Comprendido. Harán ustedes como que lo piensan. Se enterarán de quién soy yo, y al final, si les dejo, tratarán ustedes de contarme una historia por si pueden sacar algo más. No pierdan el tiempo. Ahí va mi nombre *(Dándoles una tarjeta.)*, y mañana me encontrarán en mi casa de cuatro a seis.

O. Pues entonces mañana le diremos a usted lo que podemos hacer.

AM. Una de las cosas que pueden hacer, pero que yo les aconsejo que no hagan, es avisar a algún otro acreedor. No recibo ni pago a nadie más.

(Aparte.) ¡Vaya un gachó!

O. *(Guiñando un ojo a Luis para invitarle a salir.)* Buenas tardes.

AM. Oigan. Si encuentran a la señorita que antes estuvo aquí, no la saluden. Lo haremos nosotros.

(A Alberto. Saliendo ambos.) ¡Cuando te digo que a este tío no lo *jamo* yo!

ESCENA VII

FERMÍN y DON RAMÓN.

FERMÍN. ¿Qué se propone usted, Don Ramón?

DON RAM. ¡Extraña pregunta! Lo que usted ha
nada más!

FERMÍN. Es que yo no sé ni cómo he de pagarle
agradecerle cuanto por mí hace. Si le h
cir la verdad, no alcanzo a comprende
titud.

DON RAM. En cuanto a lo primero, lo de pagar
poco yo lo sé. Lo segundo no tiene imp

FERMÍN. Porque usted no se la concede.

DON RAM Pues siendo así, como si no la tuviera.
gas peregrinaciones hacen, según dijo
tes, a los hombres discretos.

FERMÍN. Es que es mucho ya el dinero que me
tado usted, y todo él sin el menor do
ni la más ligera formalidad.

DON RAM. Pues ¿cómo quería usted que se lo
¿Comd esos individuos? Para formali
ta con la mía al prestárselo. -Y dejem
dinero... Tome usted un pitillo, siénte
blemos de algo verdaderamente serio. (
tan ambos en el banco.)

FERMÍN. Usted dirá.

DON RAM. Yo soy hombre, como usted habrá po
servar, que detesto las reconvenciones.

FERMÍN. Es que las merezco, Don Ramón.

DON RAM. Aunque así sea. No quiero quebrantar
ted una norma de mi conducta, y, p
sólo he de hacerle algunas preguntas.
propone usted con el género de vida q
¿A qué aspira? ¿Qué espera usted?

FERMÍN. Le va a sorprender a usted mi r
(Pausa.) No lo sé.

DON RAM. No sólo no me sorprende, sino que la e

. ¡Cómo!... *(Con extrañeza.)*

AM. La esperaba, porque no tiene otra contestación si se ha de responder con sinceridad, como usted lo ha hecho.

. Puede usted asegurarlo.

AM. Desde luego. El caso del Petit Soucrier en Francia tiene la explicación de ser el individuo amenazado de muerte por enfermedad incurable, que aprovecha hasta los últimos instantes de su vida para disfrutar glotonamente cuanto hay en ella de apetitoso; pero usted goza de buena salud, no dispone de millones, ni siquiera de miles, como no sea en el pasivo, y vive a la sombra de su nombre y unas cuantas relaciones. Esa es mi situación.

M. Esa es. Y, sin embargo, la obscuridad que le rodea no es total. Un rayo de luz, blanca y potente, aparece ante usted, y en este caso, cumpliéndose la ley que regula el fenómeno de la luz, hace que ésta ilumine igualmente el fastuoso palacio que la sórdida covacha. Es obra divina, que, por serlo, no admite distingos ni establece desigualdades.

Quiere usted decir que...

M. Digo que el amor de Rafaela es la luz a que me refería anteriormente, porque, a semejanza de ella, iluminó la covacha. Son misterios de la predilección, que, como no les encuentro explicación, los acato sin discutirlos.

Verdaderamente. Ni yo merezco a Rafaela ni he sabido siquiera aparentarlo.

M. Deseche usted la idea del valor de las apariencias.

Es que yo debo renunciar a ella. Esto es lo honrado.

I. ¿Y por qué no renunciar a algo que vale menos que ella?

Comprendo lo que quiere usted decir, pero eso

ya no bastaría. Es largo el pasado y
errores. ¿Qué remedio hay para eso?

DON RAM. El porvenir.

FERMÍN. ¿Quién lo asegura?

DON RAM. Su propósito, su egoísmo y el amor
mujer.

FERMÍN. Mucho es, pero llega tarde, Don Ran
más, y en los momentos más difíciles
llegué a embrollarme de tal modo con
toy esta mañana. Nunca he tenido una
ción tan inquietante de mi vida como
hoy tengo. Yo, así no puedo continua
esto ha de tener un desenlace, vale má
su encuentro y acabar de una vez. Es
para mí la obsesión del único remedio.

DON RAM. Creo que sería usted capaz de hacerlo,
mate de todas sus locuras, si yo no lo i
con mis razones. Aun está usted en
nes de atenderlas y seguirlas. *(Cambi
tono, levantándose y cogiendo del braz
mín.)* Sígame usted ahora, porque aún
cho lo que tenemos que hablar, y para a
ne gente; a mí no me gustan los testig
guno de éstos trae ganas de sentarse
que veo.

FERMÍN. *(Levantándose.)* Vamos donde usted
(Salen por la lateral derecha cogidos del

ESCENA VIII

SEVERIANA y PACO.

(El es croupier de oficio. Ella es prestamista, cuarentona y
que él, si cabe. Entran por lateral izquierda; él, primero, aunq
distanciado de SEVERIANA, que le sigue con señales de fatiga.
rible, a los efectos del tipo, que la actriz que represente el pap
y caracterice con la opulencia, en el físico, de una jamona.)

PACO. ¡Vaya mañana!, y lo bien que te va a
ti esto. ¡Anda!

SEVER. Tú lo que t'has propuesto es que haga
una mañana los paseos de to el mes, p

ner que volver a salir conmigo, o le has prometido a un santo esta caminata.

¡Y que una mujer como tú, *tan retozona,* diga esas cosas!

R. No sé si t'habrás enterao que yo voy ya como p'al arrastre. *(Fatigosa.)*

Anda un poquito más, que en seguida nos sentamos.

R. ¡Cómo en seguida! Ahora mismo. *(Se sienta en uno de los bancos.)*

Y ¡luego presumes! *(Sentándose él también.)*

R. No sé de qué. Ahora, que si t'has creído que yo soy esportiva y conmigo se puede dar la vuelta al mundo a pie, t'has equivocao.

(Insinuante y cobista le limpia los zapatos sacudiéndolos con el moquero.) Contigo, Severiana, se puede ir a todas partes sin pensar en la vuelta. ¡Quién sabe si algún día tendremos que dar la que tú dices!

R. Oye, Paco, ¿y pa qué vamos a hacer un viaje tan largo?

Pa dar *achares* por *toas* partes. ¿Qué te parece?

R. Que a mí eso me tié sin cuidao. Que el que tié que procurar no darme *achares* eres tú. Que yo soy muy *larga,* y veo un poquito más que lo que tú te crees. ¿T'has enterao?

¡Vamos, anda! *(Con chulería.)* ¡A ver si es que al final me vas a resultar flamenca, y te doy así! *(Amenazándola.)*

R. Ni flamenca ni tampoco una grulla. Pero lo de la marchosería conmigo, "que no pué ser". ¿Estamos? A ver si va a resultar que yo estoy a toas horas a vueltas con mi negocio pa ganar unas pesetas y después tú te las *bailas* con las galgas esas de los ojos ampliaos.

Pero ¿a qué viene eso, ni qué motivos tienes tú pa decirme *na* de *na?*

R. Que to se sabe, Paco. Que yo no me he caído

de un guindo, y que una cosa es que una jer tenga debilidá por un hombre y hag él lo que pueda, y otra cosa es que ese ho se time con las trasnochadoras que van a carlo a su mesa..., ¿a qué?

PACO. Mujer, es que yo hago la vista gorda y las que galapagueen, que pongan cuando no den perder, alguna que otra vez.

SEVER. Y vamos a ver, ¿por qué las dejas?

PACO. Que ¿por qué las dejo? Porque tienen q vir; porque son mujeres...

SEVER. Pues si son mujeres, aunque a mí me p que no, que son aperitivos nada más, q las busquen de otra manera, y sobre tod no seas tú el que te expongas a perder e porque esos *Lulús* se lleven uno o medio dan algo a ti?

PACO. A mí hace ya mucho tiempo que nadie n nada.

SEVER. ¡Habrá ladrón! Si aun no hace una se que te di cuarenta duros. Cuando me pa marqués el segundo plazo. Vamos a ver, día fué? El miércoles, sí; el miércoles.

PACO. Como si dijeras el lunes, porque se m'h vidao.

SEVER. ¡Se t'ha olvidao! A ti se te va olvidand Lo que no se te olvida es jugarte los cu ¡Miá que está bonito, viendo que to el m tié que perder, y pierde; llegar tú tambié cho un primo, y dejarte en otra timba l te dan por tu trabajo. ¡Vamos, como si los fiteros salieran de su tienda pa atracar pasteles en otro lao!

PACO. Es que si hicieran con nosotros, pa quit la afición a los billetes, lo que hacen co chicos de los pasteleros pa que aborrezc dulce, puede que no volviéramos a jugar.

SEVER. Y ¿qué es lo que hacen, patoso?

PACO. Pues darles una hartá el primer día, y si

me la hubieran dao de billetes de los grandes, ¡pa que te voy a decir! Estaría *forrao.*

R. Estarías poco más o menos, a dos velas.

Lo que es menos, no pué ser; fíjate. ¡Moscas, tres! Chocolate con flauta. *(Volviéndose del revés los bolsillos del chaleco y llevándose el índice y corazón de la mano derecha a la nariz, que queda entre ellos.)*

R. Pa darme la carena que me estás dando, tienes bastante. Me has dicho que nos hacía falta tomar el sol, y eso es lo único que vas a tomar tú hoy. ¡Mialas! *(Haciendo signo de juramento con la mano.)*

¡Que te crees tú eso!

R. Pues lo que es, yo te aseguro que mío no tomas nada.

(Zalamero y con intención.) ¿De veritas? *(Acariciándola.)*

R. ¡Vamos, chico, estate quieto! Miá que eres charrán. No t'haces cargo de nada.

A tu lao, pué que tengas razón. *(Insistiendo en la caricia.)*

¡Huy, Dios mío, estate quieto! ¡Qué sofoco! Como que creo que nos han visto. ¡Vaya un sofoco! ¡Huy, Dios mío! ¡Ay, mi madre! *(Azorándose.)*

Pero ¿quién nos ha visto y qué es lo que han visto?

El guarda y esos que vienen con él y la franchuta detrás, y esos otros dos por ahí en frente. ¡Ay, que vergüenza! ¡Vaya si nos han visto! ¡Qué han de ver! Y sobre todo, si me hicieras caso y no t'hubieras parao aquí, no habría pasao na. ¡Ahueca!

¡Ay, mi madre! *(Levantándose.)* Este me lleva a Pozuelo y vuelve el día de tos los Santos a ponerme una cruz. Oye, Paco, ¿cuánto necesitas y acortamos el paseito?

Lo que tú quieras. Si ya sabes que haces de

mí lo que te da la gana. *(Saliendo.)* Sie
pasa lo mismo, Severiana. A tu lao, una
ruta...

SEVER. ¡La que está *viruta* perdía..., y por esta v
que parece un hambriento de Rusia, soy
(Fuera.)

ESCENA IX

(DON JOSÉ, RAFAELA, la MISS y ANTÓN, por lateral izquierda; un mo
después DON RAMÓN y FERMÍN, por lateral derecha.)

ANTÓN. Ahí los tienen ustés, señoritos. Pa ca vien

DON JOSÉ. Muchas gracias. *(Entrega al guarda una*
pina.)

ANTÓN. A usted, señorito. *(Guardando la propin*

DON RAM. *(Presentándose juntamente con Fer*
¡Hola, Pepe! ¡Chico!, ¿qué es eso? ¿Q
pasa que estás tan grave?

DON JOSÉ. Rafaela me dijo que dejaba a ustedes cu
nando con gente de mala traza.

DON RAM. ¡Bah! *(Quitándole importancia.)*

FERMÍN. Involuntariamente fuí yo la causa.

DON JOSÉ. No era precisa esa explicación. Lo hab
suponer.

RAFAELA. Hay gentes muy groseras, que ponen e
compromiso a cualquiera. Fermín no
culpa.

FERMÍN. Tiene razón su señor tío. Si la culpa no fu
mediata pude exponerme con anteriorid
que ocurriera lo que hoy ha ocurrido. E
la verdad.

DON JOSÉ. Extraña palabra en boca de usted.

RAFAELA. ¡Tío!

FERMÍN. No se moleste usted, Rafaela. Merezco
trato.

DON JOSÉ. Por merecido se lo doy.

DON RAM. *(A Fermín.)* ¡Calle usted! *(A don José.*
ha tenido la menor importancia. Dos si
güenzas que quieren aprovechar un mor

elegido para obligar con amenazas de escándalo a una transacción, nada desfavorable para ellos, como podrás comprender. Yo, que había estado observando el juego, y llego cuando me pareció oportuno. Los ventajistas que se van, convencidos o resignados. Nosotros, que lo comentamos dando un paseo, y tú, que llegas ahora con gente armada *(Refiriéndose al guarda.)* para recoger y vengar nuestros despojos. *(Ríe Don Ramón burlonamente.)* Eso es todo. *(Aparte.)* Aquí me parece que sobro yo. *(Mutis.)*

É. Hay algo más que pasas por alto, y que yo le concedo la seriedad que le corresponde.

I. ¿Y qué es ello?

É. La situación de Rafaela en ese trance.

Tiene razón.

I. *(A Fermín.)* Calle usted, vuelvo a repetirle. *(A Don José.)* La situación de Rafaela es la natural en cualquier señorita con muchos nervios. Un susto desproporcionado y una diligencia inaudita para buscar refuerzos y acudir con ellos.

É. Supe, al salir de casa, que hacia aquí había venido Rafaela, y emprendí el camino a este lugar por si lograba encontrarla, o a ti, que lo frecuentas, y hallándome hablando con el "chauffeur" llegó asustada, diciéndome lo que han oído ustedes.

(Desesperado.) ¡Maldita suerte!

(A Fermín.) Ten confianza en mí. *(A Don José.)* He de advertirte, tiito, que nadie intentó molestarme en forma alguna. Mi temor fué sólo motivado por la actitud de unos y otros. Después de todo, las mujeres somos siempre muy exageradas...

Si continúas con tus disculpas, pensaré lo contrario de lo que dices. Todas las cosas tienen su límite, y en este asunto me parece que ya

le hemos rebasado. *(A Fermín.)* Yo r
usted que comprenda lo inconveniente
tas entrevistas y las dé por terminadas

FERMÍN. Pido a usted nuevamente perdón por
dente que soy el primero en lamentar.
preciso su ruego para que yo compren
debo hacer en lo sucesivo.

DON JOSÉ. Pues siendo así, poco nos queda que ha

FERMÍN. *(Vacilando.)* Dice usted bien. Servidor
ted. *(Cambia una mirada con Rafaela,*
voluntariamente sigue a Fermín, retroc
al darse cuenta de ello. Hace mutis F

ESCENA X

DICHOS, menos FERMÍN.

RAFAELA. Yo te suplico, tiíto, que no extremes
con Fermín. El lamenta, como te ha d
sucedido. Tú quieres impedir que vuel
ceder, y seguramente no ocurrirá.

DON JOSÉ. ¿Lo aseguras tú? El único medio de evi
el que hemos decidido. Creo que no ha

RAFAELA. Tal vez. Pero... *(Bajando la cabeza.)*

DON RAM. *(A Don José.)* Ese adverbio de modo
un poema.

DON JOSÉ. *(A Don Ramón.)* O una rebeldía. *(A R*
¿Qué quieres decir?

RAFAELA. Que acepto, como siempre, tus indica
que no tendrán lugar más entrevistas,
seguro tú de ello, porque yo te lo prom
adoptarás una actitud de intransigencia
impida levantar al que necesita de
ayuda.

DON JOSÉ. Y ¿quién me obliga a prestársela?

RAFAELA. Te lo pido yo; te lo suplico yo. Constitu
mí un deber que nadie me reclama, p
alienta dentro de mí con la resolución
grandes sacrificios.

DON JOSÉ. ¿Hasta el de tu felicidad?

ELA. ¡Cómo podría alcanzarla abandonando ahora a Fermín!

RAM. Con eufemismos y medias palabras no suele llegarse a conclusiones rotundas. Hay un hecho indiscutible, y a él hemos de atenernos. *(A Don José.)* ¿Cómo vas a impedir que Rafaela practique una obra de misericordia de la que tal vez ella misma sea la principal necesitada, si no la única?

JOSÉ. ¡Brava protección ofrece un hombre cuando todo lo ha de esperar de una mujer!

ELA. ¿Qué mal hay en ello, tiíto? El fuerte debe su apoyo al débil. Hoy soy yo quien puede prestarlo con mi asistencia espiritual, con mis esperanzas, con mi fe. A veces esto tiene un valor inapreciable. ¿Que es un hombre quien lo recibe? No nos detengamos por ello. Estas cosas se dan al que las necesita, sin discernir su sexo.

RAM. *(Maliciosamente y acariciándola.)* Sobre todo si es a quien nos agrada y las colocamos a rédito.

JOSÉ Resuelta estás y no he de conseguir nada con mis razones. Creo que la locura es contagiosa, pero yo no he de olvidar el peligro y me apartaré de él. Al fin de cuentas, tu mayoría de edad puede ser, cuando tú lo quieras, un argumento definitivo, pero siempre sin mi autorización.

ELA. A qué decirme eso, si siempre has estado y estarás donde te necesitó mi interés.

RAM. Acabará por convencerte. ¡Por ellas perdimos el Paraíso! ¡Por ellas volveremos a recobrarlo, si ellas lo quieren! Ahora, oídme bien, Fermín me pertenece desde este momento; yo vivo solo y él también. En mi casa nos reuniremos, ya que juntos vamos a resolver muchas cosas que hay pendientes. Mientras él siga en

España, se verá encadenado a mí como I
a la rueda de su tormento.

RAFAELA. ¿No crees, tiíto, que el suyo debe ser es
toso?

DON RAM. Se lo debe también a una rueda, dividid
treinta y siete casilleros expoliadores qu
cuentan del cero al treinta y seis, y cab
todos y cada uno de ellos tanta miseria y c
que sólo se puede comparar con la crueld
inconsciencia de los que pudiendo evitari
toleran.

RAFAELA. Para obligarnos a las mujeres a maldec
llorar mientras nos mata la pena.

DON JOSÉ. La conducta individual no debe disculp
con omisiones de orden gubernativo.

DON RAM. La sanidad moral es tan interesante o más
la higiénica. Para ésta, en casos de pest
establece el acordonamiento, y para los a
tados el lazareto. Todo con carácter gen
Desde hace años padecemos una enferme
cuya sinonimia desconozco y que yo me a
vería a llamar "la fiebre verde". Ponga
el acordonamiento en las fronteras y ha
mos de la profilaxis en casa. La mía vo
convertirla en lazareto para nuestro apesta
Con una terapéutica excepcional, que cons
en cariño, auxilios de momento, cambio
aires y correo femenino, espero volverle a
salud moral con que alguien le espera.

RAFAELA. *(A Don José.)* ¡Pidiéndoselo a Dios y a ti
toda su alma!

DON JOSÉ. Pueden ustedes hacer lo que crean mejor.
conocen mi actitud.

DON RAM. Acabarás por pagar el franqueo de la corr
pondencia.

DON JOSÉ. Acabaré por abandonaros a todos.

RAFAELA. *(Llorando entre los brazos de Don José.)* ¡T
to de mi alma!

DON JOSÉ. *(Conmovido y con el mayor cariño.)* Estas

grimas las recojo yo aunque no las viertes por mí. ¡Pobre nena mía! ¡Tu corazón no sabe fingir!

AM. *(A Don José.)* ¡No la compadezcas! ¡Admírala! La mujer reina en el Mundo; su amor es ¡Majestad!

TELON

ACTO TERCERO

ıa representa un "cabaret".—Por la derecha (del actor) e que es el acceso para el público desde la calle.—Por la se supone también que es el paso a la "sala de juego". le las puertas, en la de la calle, debe hallarse un emplea- rmado o portero.—En el fondo, al foro, y en un plano ado, la orquesta "Jaz Band", y en torno de la escena, libre el centro para las parejas que bailen, mesas ocu- r hombres y mujeres, todos bien vestidos y con la ani- alegría propios de los que visitan o frecuentan esta espectáculos, salvo en aquellos grupos en que, por la ı que se vaya desarrollando la escena, se señala la acti- deben representar.—La decoración, la propia y casi ge- eral de estos lugares.—Muy iluminada la escena.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, que ocupan la mesa colocada en primer término de uierda, sin que tomen cosa de mayor gasto, con un *bock* de mbos son estudiantes, más entregados a la vida alegre que al AN puede decirse que se ha dado de baja en lo de estudiar, ose en *martingalero* y *secretario* del que tiene dinero para jugar. un alterna el estudio, el baile y el juego. En el momento de que han de representar cuenta con algún dinero. Antes de escena se oyen a telón corrido los compases de un baile y voces y algazara. Al levantarse el telón aparecen bailando una ejas, y los personajes, en la forma descrita anteriormente para , y en particular para la escena primera, que tiene lugar al ísica y baile.)

(Mostrando a Enrique una tarjeta para llevar juego.) ¡Esta es la insaltable; no tiene vuelta de hoja! Y fíjate además que el tanteo no puede ser más lógico.

E. Pero bueno; ¿para cuántas salidas hace falta y a cuánto asciende el martingala?

Salidas, salidas para jugarlo como es debido hacen falta *(Consultando la tarjeta.)*, ahora verás... *(Contando.)*, cuatro de uno, cuatro de tres..., tres de siete..., dos de quince..., dos de treinta y uno..., dos de...

ENRIQUE. No sigas. El Banco de España. Eso no de jugar ningún europeo; tienen que en Norteamérica Rockefeller, Morgan derbilt o sus respectivos padres.

JUAN. ¡¡Arrea!!

ENRIQUE. ¡Para!

JUAN. Pero si es... que no te has fijado.

ENRIQUE. Pero quién se va a fijar, si eso par tabla de logaritmos.

JUAN. Pues ¡juego por *derecho,* y verás!

ENRIQUE. Todo lo derecho que me permitan las cientas *lascas... (Saca del bolsillo cuatr pesetas.)* de que dispongo. Que las pier *sando los cuatro billetes de cien p* pues... ¡a tomar el relente por la noche gano?, ¡programa amplio!, ¡plan estu "dejad que las niñas se acerquen a mí

JUAN. ¡Olé! ¡Pero y si palmas!

ENRIQUE. Pues..., ¡una vez más!... ¡Y a otra cos engáñate que todo es cuestión de suert ganar bien lo que hace falta es eso: su

JUAN. Desde luego, suerte y meter cuando de *buenas.*

ENRIQUE. Pues tú debes llevar una temporada mu porque no te veo meter nunca; pero en en estudiar martingalas para jugarlas dinero de los demás, estás hecho un *en*

JUAN. Hombre, es que como yo ya no voy en lo que queda de curso, ni tengo qu diar, puedo aprovechar las barajas libr siempre es una ventajilla, porque con no hay martingala posible. ¿Quieres q bemos?

ENRIQUE. Mira, Juan. Hablemos claro. ¿Y si te cas como la última vez y nos dan el *sa* tu equivocación, ¿qué pasa?

JUAN. ¡Hombre!... Eso pasa una vez. Ya co derás que lo que a mí me conviene se gane.

QUE. Pero si resulta que cuando se puede ganar te has *equivocado* y por eso no se gana, y cuando se pierde es que estábamos todos de malas.

¡Naturalmente!

UE. Sin perjuicio de lo cual, tú ya has retirado tus dos duritos de *prima por gestión.* Resulta que para quien no tienen *salto* las combinaciones es para ti.

Pues no me des nada si no se gana. Yo lo juego a lo que resulte. Que se gana..., entonces lo que quieras. Que se pierde...

UE. Pones la cara triste, y a otra cosa. No, Juanete, no. Trabaja otra *secretaría,* porque conmigo los industriales no dan golpe.

¿Parece mentira que tú creas?...

UE. Lo que parece mentira es que tú me vengas a mí a cantar el "ven y ven".

Ya te llegará—y no es que yo lo desee—la época en que te encuentres tan patológico como yo.

UE. ¿Tan mal estás? *(Indicándole con el índice y pulgar que se refiere al dinero.)*

Como para hacer milagros. En la India tendría ya categoría de fakir.

UE. ¿Y no ves más solución que todas esas combinaciones?

No veo otra; porque para decirte cómo estaré de malas, te voy a contar lo que me ha sucedido hace un momento.

UE. ¿Qué ha sido?

Pues que se me ocurrió reclamar una postura que, olvidada, había dado dos golpes, y en cuanto abrí la boca para pedirla, salieron dos mujeres y otro *accionista* pidiéndola también. ¡Y para qué te voy a decir!

UE. ¿No la pagaron?

Sí...; pero el inspector de la sala nos llamó aparte a los reclamantes, y nos dijo: "¡Con ese muerto se han ahorrado ustedes la fune-

raria, porque lo pueden llevar a hombros los cuatro!"

ENRIQUE. ¡Pues sí que es una broma para un fakir

JUAN. ¡Tú verás! *(Cambiando de tono y con a ción.)* Qué, ¿quieres que juguemos la c nación?

ENRIQUE. No me decido. Yo tengo que ir a clase r na, y como anoche no he dormido, en c cene me voy a dormir, lo que quiere dec esta noche, por muchas o pocas salida tenga el martingala, no hago ninguna quedo en casa.

JUAN. Por eso te decía... que yo podía...

ENRIQUE. Si ya te he entendido, pero me sale má rato esto. Toma. *(Dándole dos duros.)* te los comes, te los juegas o te establece que más te convenga. Pero a mí me dejas quilo, porque en cuanto quiero dormir tras otro juega por mí, no hago más qu frir pesadillas y me levanto siempre g do: ¡ladrones! *(Gritando fuerte.)*

ESCENA II

DICHOS y el PORTERO.

PORTERO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

ENRIQUE. *(A Juan.)* Que ¿qué pasa?

PORTERO. No, si el que gritaba era usted.

ENRIQUE. ¡Yo! Bueno.

PORTERO. Ni bueno ni malo, pollo. ¿No era él e gritaba? *(A Juan.)*

JUAN. Sí, señor; pero no hablábamos de los p ros. Hablábamos de los ladrones, y... cla usted se ha creído en el caso...

PORTERO. ¿Es que van ustedes a reírse de mí?

ENRIQUE. Como no diga usted algo gracioso, no. A que si lo que dice usted tiene mucha g nos reiremos mucho.

JUAN. A mandíbula batiente.

. De lo que yo diga no se van ustedes a reír.
Te va a decir que por dos duros tiene obligación de matar a uno en cuanto le digan ¡anda con él, León! *(Como cuando se le dice a un perro.)*

. *(Cogiéndoles de la solapa de la americana a los dos.)* ¡Ahora mismo van ustedes a la calle, tomando esa puerta!
(Poniéndose en pie.) ¡Fuera! ¡Que los dejen! ¡Fuera!

. *(Soltándose a la vez de Juan.)* Sí, señor; vamos a tomar una puerta, pero la que nos dé la gana. Fíjese usted. *(Sale Enrique seguido de Juan, deteniéndose ambos en la puerta que da paso a la sala de juego. Hace signos Enrique de silencio, mandando callar al portero.)*
¡Chist!, ¡no conviene!
¡Los valientes al Tercio! Pero usted no irá porque le iba a hacer cosquillas la borlita del gorro. *(Entrando Enrique y Juan en la sala de juego, en tanto el portero se retira malhumorado.)*
¡Ya os lo contaré yo luego! ¡A la salida!
¡Como no sea por teléfono! Me parece que sí...
(Vuelve a su sitio el portero, quedando en libertad el actor que interprete el personaje de Juan para quedarse en escena o salir de ella pasando a la sala de juego.)

ESCENA III

PITA, PINOCHO, LUCRECIA y el BAILARÍN.

OCHO de la sala de juego, inmediatamente de entrar en ella
NOCHO es un hombre viejo que debe su remoquete a las di-
forma de su nariz, iguales a las del muñeco popularizado
sa gráfica. Cruza la escena cómicamente, con visibles signos
de exagerada tristeza, como corresponde al hombre que acaba
erder; al llegar a la mitad del proscenio se detiene pensativo.)

¿Qué tal, señor Pinocho?
(Acercándose a la mesa primera lateral izquierda, donde están Pepita, Lucrecia y el bai-

larín de la casa, que ocuparon la mesa estaban anteriormente Enrique y Juan, éstos se levantaron con motivo de la r el portero; se detiene ante ellos, y sin d labra se toca con la yema del dedo ín la mano derecha, extendido horizontalm yugular.) ¡No me quedan ni alimento acabará conmigo! No sé... No sé... qu ser de mí. *(Cómicamente se sienta a la*

LUCRECIA. ¡Anímese usted, hombre, que ya cambi

PINOCHO. El que cambia cuanto trae de su casa volverlo a ver más soy yo. ¡Esto es hor

BAILARÍN. Ya vendrá la "buena". *(Con animació*

PINOCHO. Pues me parece que cuando venga no r encontrar, porque ya no tendré ni casa *sa.)* ¡Si vieran ustedes qué tristeza t cómo me quedo yo después de una to éstas! ¡Estoy hecho papilla!

PEPITA. No podemos ofrecer a usted más que empleó Dios para hacer el mundo.

PINOCHO. Nada, Ya lo sé. *(Baja la cabeza, mete manos entre las rodillas, y se queda en cómicamente pensativa.)*

LUCRECIA. ¡Que no se diga, hombre! ¡Levante us cabeza! ¡Animo! ¿Quiere usted baila migo? ¡Fuera penas!

PINOCHO. Para tangos estoy yo. Menudo es el q a bailar yo solo en cuanto llegue a casa mi vida detrás de un mostrador para unas pesetas, y venir al final a deshacer aquí, como un pollino que se va al ve poderlo remediar!

LUCRECIA. ¡Fuera penas!

TODOS. ¡Fuera penas! ¿Maestro? ¡Fuera pena *retira Pinocho de escena triste y cómi te; dando comienzo a la*

MUSICA

NTE Ay, gauchito, no estés triste
porque de ti huyó la suerte;
ni llores ni te acobardes,
y a luchar como hombre fuerte.
Por más que el pesar te hiera,
tú con arrogancia campa
recorriendo la pradera
y siendo el rey de la Pampa.
Aunque la vida cruel te hirió
y sus favores te negó,
has de luchar para vivir
y no llorar, sino reír.
No te entristezcas, por favor,
que el ser cobarde es lo peor;
has de cantar para probar
lo que el valor puede lograr.
Fuera penas,
fuera penas.
Monta, gaucho, en tu caballo
y no mires nunca atrás,
pon tu mirada en el cielo
que un hombre no ha de llorar jamás.
Fuera penas, fuera penas.
A olvidar las horas malas
y a esperar con fe las buenas.
TE La mujer que te ha engañado
se merece tu desprecio,
no vivas acongojado
que el que no olvida es un necio.
Nunca fueron las mujeres
dignas de sufrir por ellas,
entrégate a los placeres
que hay más mujeres que estrellas.
(Sigue letra y música iguales que en el primer cantable. Véase la partitura.)
(Al terminar el número, vuelven a la mesa que ocupaban Lucrecia y el bailarín, haciendo lo

propio en sus respectivas mesas los que
tomado parte en el baile. Cuando comien
bailar se retira de escena Pepita, fingiend
pasa a la sala de juego, de donde regresa
dar comienzo a la escena siguiente.)

ESCENA IV

DICHOS, menos PINOCHO.

PEPITA. *(Se sienta tirando previamente sobre la*
y en actitud de gran enojo su bolsillo de
Ocupa un lugar en la mesa en que se hal
bailarín y Lucrecia.) Mientras siga tiran
tío... ¡Maldita sea su estampa!, no damos
¡hay que ver!

LUCRECIA. Pero ¡si es un tío patoso que tiene la
para todo el que se acerca!

BAILARÍN. No le juguéis más. No sé por qué os
de empeñar en ir a su mesa. Aguardar
tire Paco.

PEPITA. *(Abriendo el bolsillo y sacando de él llav*
polvera y el pañuelo.) Lo que es yo no
lo que voy a jugar. ¡No tengo ni gorda

LUCRECIA. Pues estamos iguales, y por lo que veo
rando a la concurrencia.), me parece
noche se ha metido en agua y nos vamos
a pie y con la esperanza de dieta para ma

BAILARÍN. Y, dentro ¿no hay nada?

PEPITA. Chico, aquello es un velatorio: unas caras
largas y alguno que otro que se explica
para no oírle. Hoy ha abierto la boca la
y en cuanto enseñas un duro te quedas

LUCRECIA. Yo me he acercado a Enrique, al estud
que parece que se defendía un poco, a p
un duro, y me ha dicho de mala maner
me fuera a que me dieran dos. Le estaba
do coba uno para no sé qué martingala.
rate! ¡Martingalas a Enrique!

N. También tienen gracia, ¡como si no le conocieran!

Y tú *(Al bailarín.)*, ¿también estás boqueras?

J. ¿Yo?, de oreja a oreja; hace ya varios días que vivo por casualidad; debo más de lo que voy a cobrar en la casa, y como no haya quien convide, ni ceno, ni esperanzas. ¡Paciencia!

A. *(A Pepita.)* ¿Te has fijao en esos? *(Señalando a los de la mesa número dos, primer término de la lateral derecha. Se halla ocupada por dos hombres, Julio y Cayetano, y dos mujeres, Anita y Lola, entregados los cuatro a los placeres de una espléndida cena.)*

¡Qué cosas tienes, pues no me he de fijar! Esas han *enganchao,* y se están desquitando; yo no sé al *pardillo* de Julio cuándo se le acaba el dinero. ¡Porque hay que ver lo que ese hombre lleva perdido!

. Es que dicen que heredó bastante, pero... cómo..., ¡bastante!

Pues por mucho que sea, en buenas manos ha caído, porque el Cayetanito ese que le ha tocao de secretario, le deja a dos *velas* antes de que él se entere.

Pues no te pierdas de vista a las otras.

. Esas qué van a hacer. Lo que haríamos tú y yo; y lo que siento es que no sea esta noche.

¡Mujer, cualquiera diría que vas a empezar a dar alaridos de hambre! No es para tanto.

Tú qué sabes. ¡Cuando ella lo dice!...

. Es que ésta es de las que primero la matan que confesar una debilidad, y yo, no, hija. Al pan pan, y al vino vino.

(A Pepita.) Fíjate cómo estará, que para hablarnos de su franqueza se acuerda del pan y del vino.

Pues que se hubiera guardado el duro que se acaba de jugar.

LUCRECIA. Con un duro no hacía nada, y quería ve que hacen dos, y dos que hacen cuatro

PEPITA. Lo mismo que yo, pero como tenemos gra *encima,* nos han dejao *a pre* de sa después de todo *(Con resolución.),* ¡el es para jugárselo y no pensar más en nos arreglaremos como se pueda. ¿No rece?

BAILARÍN. Cuenta con mis consejos, que valen tan si te los diera Papús.

ESCENA V

(En la mesa número 2, primer término lateral derecha, ocupada CAYETANO, ANITA y LOLA.)

CAYETAN. *(A Julio.)* Tú lo que tienes que hacer la *murria* y alegrarte, porque esta noch yo la corazonada de que vamos a hacer tropicio ahí dentro.

ANITA. No sabes cómo me alegraría.

LOLA. *(A Julio.)* Te advierto que a éste *(Se a Cayetano.),* como se le ponga el s cara, por menos de nada se levanta con ñado de miles de duros.

JULIO. *(Seriamente.)* Yo no he visto eso porque para una noche que hayamos he guna diferencia a favor, las más nos h tao hasta el *hipo,* y me parece que si e che ocurre lo mismo, es... la última.

ANITA. Eso lo dicen todos, pero... luego no ha lo haga.

JULIO. Pues puede que haya uno que lo dig haga. ¿Crees tú que todos los hombres iguales?

ANITA. ¡Vamos, quita! ¡Cómo voy yo a cre ¡Cómo te voy a comparar a ti con los que vienen aquí de *murguistas!* ¡Ni lo

LOLA. ¡Pues no hay diferencia que digamos!

JULIO. Es que os advierto que no me refiero al

únicamente. Yo os digo que hay quien se queda arruinado y se echa a la vida para defenderse como pueda: de buena o mala manera, la cuestión es seguir viviendo, y yo, no. Yo me quedo sin dinero, y... se acabó. *(En tono sentencioso y reconcentrado.)*

¡Cabalito!

No seas bruto, Cayetano, y entérate cuando hablan. No es eso lo que quiere decir Julio.

La que se tiene que enterar y no ponerse cursi eres tú. *(Ofreciendo una copa a Julio.)* ¡Bebe, chico, y alégrate! Y vosotras lo mismo. *(Ofreciéndoles sendas copas.)* Las cosas hay que tomarlas a chirigota y reírse de todo. ¿No me veis a mí?

Y, tú, ¿qué es lo que has perdido?

Yo creo que nada; porque vergüenza, tampoco debe haberla tenido nunca.

Pues ahí tienes lo que son las cosas. Cualquiera pensaría que yo debía enfadarme por lo que dice esta *Recreativa,* y, sin embargo, se lo agradezco, porque me ha hecho un elogio que no cabe más.

¡Ah, sí! *(Con sorpresa.)*

¡Naturalmente! Sin tener nada, ni vergüenza, como tú dices; ni dinero, como dicen todos... *(Interrumpiéndole.)* Y con razón.

Y con razón, también es verdad; vivo, triunfo y soy feliz. ¿Hace falta ingenio para esto? ¿Se necesitan condiciones? Pues eso es lo que yo tengo, y con ello me basta para darle cuatro patás a la vida y reírme de los primos. ¿Te has enterao?

(Ofreciendo a Julio.) Bebe, Julito. Este tío tiene gracia, porque dice las cosas como si le adivinara a una el pensamiento.

Se las digo a todo el mundo y no engaño a nadie. Esa es una de las buenas condiciones mías.

JULIO. ¿No engañas cuando dices que vas a g
pierdes?

CAYETAN. Eso es ya pedirme más de lo que se de
digo que *voy* a ganar, no digo cómo a
y si en el camino cambian las cosas, no
que yo quiera que cambien en perjuic
¿Estás convencido?

JULIO. Como si lo estuviera.

LOLA. Ventajas de venir a estos sitios nada n
con la cara.

CAYETAN. ¿Y vosotras, qué traéis?

LOLA. ¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

ANITA. ¡Menuda suerte la nuestra si nos basta
la cara! ¡Sí..., sí!...

JULIO. No hacerle caso. Anda, Cayetano. Yo c
deben haberse ya relevado. *(Mirando*
en su reloj.) Sí. Ten mucho cuidado y
en lo que te digo. *(Sentencioso y dánd*
rios billetes de Banco.) De lo que hag
noche depende algo muy serio. ¡Buena
y aprovecharla!

CAYETAN. No te ocupes de eso. ¿Quieres que te a
cómo voy, o piensas entrar tú? *(Levantá*

JULIO. Si tardas en salir, yo iré a reunirme c

ANITA. *(Ofreciéndole una copa y brindando.)*
que entres de buenas y salgas de mejor
bamos nosotros también. *(Beben todos.*

CAYETAN. ¡Vamos allá! *(Salen por lateral izquier*

ESCENA VI

(MOZO, DON RAMÓN y FERMÍN, que entran de la calle y ocupan
número 1, que momentos antes han desalojado para pasar a la sala
LUCRECIA, PEPITA y el BAILARÍN.)

FERMÍN. Tenga usted la bondad de sentarse a
momento; lo preciso nada más para ent
si está el cajero y el mozo Agustín, p
y marcharnos. Cuestión de muy poco.

DON RAM. No vaya usted a creer que me produce

na violencia el encontrarme *(Mirando alrededor.)* en tan decorativa compañía. Esto podrá serlo, pero nadie dirá que parece una cueva de ladrones. Si además le añade usted música, bebida y baile, es superar con creces las artes de Monipodio.

. *(Llamando con palmadas a un camarero.)* ¿Sabes si está en la caja Ramiro, el cajero?

No le puedo decir, Don Fermín. Voy a verlo, y en seguida se lo diré al señor.

. Aquí te espero.

¿Sirvo alguna cosa a los señores?

AM. Tráigame café y una copita de coñac.

. Lo mismo.

AM. Tal vez no sea lo que yo he pedido lo que aquí debe pedirse.

. Es lo mismo; aquí lo importante es acercarse a la sala inmediata, bien de *motu proprio,* por curiosidad o acompañado de cualquiera de estas desdichadas, contratadas para bailar, conversar y dar coba, como dicen en su lenguaje; las que sin poderse sustraer a la tentación general, cuanto obtienen por mil medios suele quedarse también en las garras de la timba.

AM. A lo que dirán los dueños que son unas viciosas que no se conforman con el sueldo que las dan.

. Seguramente.

AM. Yo les contestaría con la quintilla que respondió un poeta a la pregunta "¿Cuál es la mayor inocentada?" ¿Conoce usted la respuesta?

. No, señor.

AM. Pues decía ¿cuál es la mayor inocentada?

La del señor soberano
al dar a la raza humana
apetitos de gusano
y colocar la manzana
al alcance de su mano.

. Tenía razón. ¡Adiós, Jaz Band! *(Contestando*

al saludo general, semejante al de los to
cuando dan las gracias por los aplausos, a
tipo que cruza el salón para entrar en la
de juego. El actor que caracteriza el perso
debe hacerse una cabeza, y especialmen
cara, cómicamente fea. Le contestan casi t
los presentes.)

DON RAM. *(Sorprendido.)* ¿Cómo se llama ese amig usted?

FERMÍN. Si le he de decir la verdad, lo ignoro. Aq llama todo el mundo Jaz Band, y fuera de también.

DON RAM. ¿Y a qué obedece el nombre?

FERMÍN. Visto de cerca lo comprendería usted m Es un hombre verdaderamente feo, y la g le llama Jaz Band porque en su cara ha todo menos armonía.

DON RAM. Comprendido.

MOZO. Aun no ha venido Ramiro. Releva a las ¿Si quiere algún recado el señor?

FERMÍN. Ninguno. *(A Don Ramón.)* Si usted no t inconveniente, esperaremos. Son quince m tos los que faltan.

DON RAM. Esperémosle. *(Sirve el mozo lo pedido.)*

FERMÍN. *(A Don Ramón.)* ¿Cree usted que nos ha to entrar aquí Rafaela?

DON RAM. Estoy seguro de ello. Tan seguro como qu he saludado.

FERMÍN. En mi última carta le decía cuál era mi it rario, mejor dicho, el nuestro, para hoy; no podía sospechar que la habríamos de contrar por estas inmediaciones.

DON RAM. Yo sí; el sitio es el más a propósito para pa en automóvil, y si la casualidad nos pone vista del que deseamos ver, nada más nat que elegirlo. Yo creí que conocía usted un más a las mujeres.

FERMÍN. ¿Quién puede decir que las conoce, don món?

M. Efectivamente; pero a fuerza de hacerse uno la ilusión de que puede conocerlas, acierta algunas veces.
(Desde la mesa en que se halla.) ¡Adiós, Fermín. *(Le ofrece una copa de "champagne".)* *(Respondiendo al saludo de Julio.)* ¡Buenas noches, Julio! No; muchas gracias. *(A Don Ramón.)* Ahí tiene usted un caso interesante. El de este muchacho que acabo de saludar. De no vestir de etiqueta, lo vería usted de luto.
M. ¡Es posible!
No hace seis meses que fallecieron, casi al mismo tiempo, sus padres, ricos labradores de Extremadura, dejándole en tierras y dinero cerca de un millón de pesetas; vino a Madrid, y algún amigote de los espontáneos y entrañables lo puso al habla con la nube de parásitos que inundan todos estos lugares. Hombre débil, al parecer, y borracho de luz, ruido, juego y mujeres en la forma que aquí se ofrecen esas cosas, se ha dejado ya casi su fortuna, acompañado de toda esa gentuza.
I. ¡Qué desdicha!
Yo creo que para él ha llegado ya el momento en que no tienen secreto alguno ni el éter, ni la morfina, ni ninguno de los paraísos artificiales; me parece un hombre algo extraño. Yo, que he visto a tantos hombres perder, la sonrisa de éste, cuando pierde, y su aparente indiferencia, me dan miedo. ¿No cree usted que estos temperamentos que nada exteriorizan deben sufrir aún más que el que no contiene su indignación y llega algunas veces a la incorrección y a la grosería?
I. Cuestión de temperamento, como usted dice, porque en el dolor físico, el que se queja como el que no se queja, sufren igualmente, aunque lo resistan o aguanten de distinto modo.
Verdaderamente que pensándolo bien, al llegar

a ciertas situaciones, cuando no podem
anudar decorosamente nuestro puesto
vida, porque no supimos conservarlo,
rrecto es salir de ella rápidamente y
menor ruido, dejando la purificación por
lor para los fuertes, para los que espe
bienaventuranza por su martirio.

DON RAM. ¿Vuelve usted a las estúpidas ideas? Ni
gar es a propósito para ellas, ni usted de
sistir, si se tiene por hombre y no de ma
to. Piense usted en su próximo viaje y
usted depende el pronto regreso. Si é
efectúa usted como yo espero, pronto m
que tiene un puesto, pero en el banque
la vida ofrece a los felices. El que ha si
tes desgraciado, no importa por qué, de
ber estimarlo en lo mucho que vale.

MOZO. Acaba de llegar el cajero.

FERMÍN. Con permiso de usted. *(Se levanta.)*

DON RAM Si aun nos rondan las ideas negras pa
también al *Spoliarium*. Yo no me sepa
usted.

FERMÍN. De ningún modo. Esté usted tranquilo. (
pasa a la sala de juego.)

DON RAM. *(Aparte.)* La verdad es que no lo esto
vez fuera mejor... No... Esperemos.

ESCENA VII

(Mesa número 2, ocupada por ANITA, LOLA y JULIO.)

ANITA. *(Al verle salir.)* Ya hacía bastante tiem
no venía Fermín por aquí.

LOLA. ¿Tú conoces al que le acompaña?

ANITA. Yo no. Y tú, Julio, ¿sabes quién es ese

JULIO. No recuerdo haberle visto nunca.

LOLA. Ni nosotras tampoco.

ANITA. Tiene pinta de pelmazo.

JULIO. No te fíes tú, sin embargo.

A lo mejor te crees que un señor de éstos es astrónomo o cosa así.

Y resulta que lleva el veinte por ciento en la banca o es el político protector que cobra por que la haya.

Mira si fuera verdad y pudiera yo quitarle por lo menos lo que llevo perdido, que no es poco.

¿Cómo le irá a Cayetano?

Mal, cuando aun no ha venido por aquí.

Hombre, no seas pesimista; puede que esté haciendo la jugada.

Me parece que sí. Creo que esta noche la hacemos.

¡Huy! ¡Me das miedo! ¡Anímate, hombre, anímate! ¿Qué te pasa esta noche? *(Julio se encoge de hombros.)*

¿Quieres que vaya a ver a Cayetano y os diga cómo le va?

Mejor es que te estés quieta y bailes si quieres cuando toquen, que ya no deben tardar.

(Con superstición.) Anda, qué mala pata.

¿Por qué?

Repara en esos que entran. *(Cruzan por el salón, desde la puerta de la calle a la sala de juego, dos individuos de aspecto triste y andar calmoso.)*

¿Quiénes son?

Unos tíos pelmazos que no juegan nunca y se pasan las horas enteras viendo jugar y perder. ¡Qué mal gusto!

Y los jugadores, como ven que se detienen con preferencia a secar al que está perdiendo, los han bautizado con el nombre de los "Hermanos de la Paz y Caridad", porque como aquéllos al reo, éstos acompañan al punto en sus últimos momentos.

Te podías haber ahorrado la explicación. No tengo yo los nervios esta noche para oír cosas

tristes. No sé por qué, barrunto algo desa
dable.

JULIO. Supongo que no empezarás a aullar como
perros.

LOLA. Esta chica tiene siempre cosas muy raras.
en los sueños, le echan las cartas y es algo
námbula.

JULIO. Eso del sonambulismo le ocurrirá la noche
no cene o beba demasiado.

ANITA. No lo tomes a broma. Tiene razón ésta;
ocurren cosas muy raras.

JULIO. ¿Y qué cosas son esas?

ANITA. Toma y bebe, que eso no te importa.

JULIO. Venga. A vuestra salud.

ANITA. A la tuya, pero alegra esa cara. Estás
raro. Tienes mucha luz en los ojos. Yo n
qué te veo en ellos.

LOLA. ¡Por tu suerte! *(Brindando.)*

JULIO. Voy a ver cómo anda en manos de Cayet
Toma y paga. *(Dándole quinientas pese*
Guardar lo que os sobre, convidando a c
a la que no haya cenado; yo os las env
para aquí.

ANITA. ¿Te has fijado que son quinientas pesetas

JULIO. Claro que me he fijado. ¡Como que no te
más! *(Sale a la sala de juego.)*

LOLA. ¡Olé los hombres!

ANITA. ¡Calla! Si me pudiera marchar ahora mis
me iba, en cuanto pagase lo que haya
pagar.

LOLA. Pero, chica, ¿por qué?

ANITA. No lo sé. *(Con gran tristeza.)* Déjame.

(*Música.—"Fox-trot"*).

(Bailan más parejas que la vez anterior, y alguna mujer se acerca
mesa en que está DON RAMÓN dándole coba, con la extrañeza cómica
puede él expresar. Procúrese que el baile se repita, y antes de que
mine la repetición se oyen en la sala de juego dos disparos con
tivos. Cesa la música y baile, huyendo atropelladamente todos los c
rrentes para la puerta de la calle: primero, los de la sala de juego, y a
a éstos, los de la sala de baile, músicos inclusive, menos los porteros,
se dirigen a la sala de juego, y DON RAMÓN y ANITA, que hacen lo p
sin poder entrar por imposibilitárselo los que de dicha sala huyen asusta

AM. *(Alarmado.)* ¡Será posible! *(A los que salen huyendo.)* ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? Pero, Dios mío, ¿qué ocurre?

OR. *(Guardando fichas, billetes y monedas en los bolsillos con gran precipitación.)* Uno que se ha metido dos tiros en la cabeza.

AM. ¿Sabe usted quién es? ¿Lo conoce usted?

OR. Yo no sé, señor. Yo no sé nada. *(Sale huyendo.)*

RO. *(Tratando de restablecer el orden.)* Calma, señores, calma. Que nos comprometen ustedes. *(Llorando.)* ¡Qué pocas veces me engaña el corazón!

AM. Sígame usted, señorita. *(Pretende entrar, encontrándose en la puerta con Cayetano, al que sigue Fermín.)* ¡Bendito sea Dios! *(Al ver a Fermín, a quien abraza.)* *(A Cayetano.)* ¿Quién ha sido, Cayetano?

AN. Julio. El pobre Julio. Tenía razón. Cómo había yo de sospechar que estaba decidido a una cosa así. *(Muy emocionado.)* ¿No pudiste evitarlo?

AN. ¡Qué iba a poder! Perdimos todo el dinero, y al decírselo yo se puso muy pálido y, apartándose de mí, sin decir una palabra, se fué a un rincón de la sala, quedando de cara a la pared. Le vi meterse la mano en el bolsillo del pantalón; yo creí que iba a sacar más billetes, cuando... vi la pistola, y sin darme tiempo a nada, oí los dos disparos. Cayó de bruces y... ¡No quiero acordarme! *(Sale Anita llorando convulsivamente, dirigiéndose a la sala de juego, seguida de Cayetano.)*

I. ¡Qué horror, Don Ramón! Salgamos de aquí en seguida.

AM. ¡Pobre muchacho! Con la fortuna que perdió, y la vida con ella, dirán que se atiende a la mendicidad. ¡Qué recursos encuentran los hombres para disculpar su sequedad de cora-

zón! Vamos, Fermín, vamos, que no comp
do el sistema de que a los pobres de
los socorran indirectamente los pobres de
ñana, los que dejamos que lleguen a la pob
para que nos sirvan después de justificaci
lo ilícito. ¡Qué vergüenza!

ESCENA VIII

(Al pretender salir del local aparece por lateral derecha RAFAELA, se
de la MISS. El aspecto de RAFAELA es de gran emoción. Al darse cuen
su presencia, sufren la natural sorpresa DON RAMÓN y FERMÍN.)

DON RAM. ¡Rafaela!... ¡Qué locura!

FERMÍN. ¿Tú aquí?

RAFAELA. Perdóneme, Don Ramón. *(Con voz entrecc da por la emoción.)* Y tú también, Fer Comprendo que es una locura. No debí en aquí, pero hay momentos en que no es dueña de su voluntad. Yo misma ahora no doy cuenta de cómo pude decidirme a ta Discúlpenme ustedes.

FERMÍN. Estás pálida, desencajada. Tranquilíz *(Ofreciéndola una silla, que ocupa. Tocán las manos, en tanto Rafaela está casi desfc cida. Pausa.)*

RAFAELA. Ya; ya me he tranquilizado. Nada me ocu Vuelvo a pediros perdón.

DON RAM. Pero ¿qué pudo traerte a este lugar?

RAFAELA. Me hallaba paseando en el auto precisame por frente a la puerta, cuando oí dos detc ciones y, viendo la gente que salía tumultuc mente, preguntamos lo ocurrido. Una muc cha nos dijo que un caballero se había su dado. Difícilmente puedo explicar a usted *Don Ramón.)* qué pensamiento se apoderó mí, trastornándome hasta tal punto, que reflexionar y olvidándome de todo, llegué h ta aquí. Nada más puedo decirles. ¡Ha s una locura! Tiene usted razón. *(Levantánd de la silla.)*

M. *(Aparte.)* ¡Divina locura!
(Con amor.) ¡¡Rafaela!! ¡Salvación mía! Salgamos cuanto antes de aquí. Pronto.

M. Salgamos, sí; salgamos cuanto antes, pero usted no olvide que la muerte ronda en torno de aquellos a quienes el vicio hizo sus favoritos. Ahí queda entre un charco de sangre y con la cabeza deshecha por dos balazos, ese infeliz muchacho, que no encontró en su vida la mujer santa y heroica que tiende el armiño de su amor a un condenado por la fatalidad, sacándole de entre sus garras.

ESCENA FINAL

y el PORTERO, que escucha el final del parlamento de DON

Hagan el favor. Pronto, señores, que va a venir la Policía.

(Irónicamente.) No se alarme por nosotros. Avísela cuando vengan a pedir dinero para los pobres.

TELÓN

FIN

Precio: 3 pesetas.